

De la crítica de la economía política a la economía política crítica. El caso de Rubin y sus herederos

10.1 La inversión de la reproducción de lo concreto en el pensamiento como una representación lógica; o de cómo presentar al trabajo privado como si fuera su contrario

La asignación privada e independiente del trabajo social bajo sus formas concretas útiles, propia del modo de producción capitalista, determina a los individuos como personificaciones de las potencias sociales del producto del trabajo. Son individuos libres sólo en tanto someten su conciencia y voluntad a la producción de valor y, más específicamente, de plusvalía. La economía política es la expresión científica de esta conciencia enajenada que cree ser libre. Como tal, parte de naturalizar a la mercancía y al capital. Marx le opone el descubrimiento del por qué el trabajo social se representa como valor cuando se lo realiza de modo privado e independiente. Luego, descubre la especificidad histórica contradictoria del capitalismo, en tanto modo de socializarse crecientemente el trabajo como un atributo del trabajo privado. Con lo cual descubre la especificidad histórica de la clase obrera como sujeto revolucionario, en tanto portadora, no de una conciencia libre, sino de una conciencia enajenada a la que dicha socialización le impone dar cuenta de su propia enajenación. Al descubrir cómo la conciencia libre es la forma concreta necesaria de la conciencia enajenada en el capitalismo, el curso abierto por Marx es por su propia forma la crítica de la economía política.

¿Cuál es, entonces, el camino que lleva de la crítica de la economía política a la economía política crítica, hoy dominante como forma de la conciencia crítica del modo de producción capitalista?

Tomemos como concreto del cual partir el caso de Isaak Rubin. Rubin se encuentra reconocido entre los economistas marxistas por su preocupación por distinguir contenido y forma, y establecer la relación entre ambos. ¿Qué encuentra Rubin en la forma que da Marx a la exposición?

Según Rubin:

«Cuando Marx se aproxima a los lugares decisivos de su sistema, cuando debe pasar de las definiciones generales a explicaciones más particulares, de los conceptos

generales a sus modificaciones, de una “determinación de la forma” a otra, apela al siguiente método de exposición. Mediante un enorme poder de pensamiento, extrae todas las conclusiones lógicas de la primera definición que elabora, para desarrollar, luego intrépidamente todas las consecuencias que se desprenden de ese concepto hasta sus extremos lógicos. Muestra al lector todas las contradicciones de esas consecuencias, es decir, su divergencia de la realidad. Cuando la atención del lector ha sido llevada a este límite, cuando el lector comienza a pensar que la definición inicial debe ser totalmente rechazada, porque es contradictoria, Marx acude en su ayuda. Y sugiere una solución para el problema, solución que no consiste en desechar la primera definición, sino más bien en “modificarla”, “desarrollarla” y completarla. Así se eliminan las contradicciones. Marx hace esto en el capítulo IV del tomo I de *El capital*, cuando examina la transición del valor de las mercancías al valor de la fuerza de trabajo. [...] Así es como está construido el capítulo VIII del tomo III de *El capital*. [...] La imposibilidad de la plusvalía en el capítulo IV del tomo I, y la posibilidad de tasas diferentes de ganancia en el capítulo VIII del tomo III, no sirven a Marx como eslabones lógicamente necesarios para sus construcciones sino como prueba de lo opuesto. El hecho de que estas conclusiones conduzcan a un absurdo lógico muestra que el análisis aún no ha terminado y debe ser llevado más adelante».¹

Para empezar, la necesidad misma de la lectura crítica que desarrolla por su cuenta la reproducción del camino desplegado en la exposición, se encuentra invertida aquí en la iluminación del lector salvado de la pérdida por la llama del genio. Donde Marx no hace sino agotar los caminos aparentes que se le abren al análisis al enfrentar una cierta forma concreta en la búsqueda de la necesidad que la determina en tanto tal, para remarcar la necesidad del camino que finalmente lleva a superar esa apariencia (cosa que hace desarrollando esos caminos aparentes hasta poner en evidencia que no pueden más que remitir de vuelta al punto de partida), Rubin ve el ejercicio propio de la pedantería académica. La posibilidad de la acción que sea consciente de su propia necesidad más allá de toda apariencia no es ya la forma necesaria de realizarse las potencias del capital para aniquilarse a sí mismo en su propio desarrollo, sino que responde al nacimiento más o menos oportuno de individuos con «un enorme poder de pensamiento». Pero éste es apenas el principio. ¿Por qué allí donde Marx desarrolla la búsqueda analítica de la necesidad de una forma concreta, esto es, donde avanza desde lo concreto hacia lo abstracto, Rubin ve por el contrario un avance de lo abstracto a lo concreto? ¿Por qué donde Marx despliega la realización de la necesidad que determina a una forma concreta como tal, esto es, donde avanza volviendo desde lo abstracto hacia lo concreto, Rubin ve por el contrario un llevar adelante el análisis, y como resultado de éste, a lo concreto puesto como causa de lo abstracto?²

1. Isaak Rubin. «Ensayos sobre la teoría marxista del valor». En: *Cuadernos de Pasado y Presente*, n.º 53: Buenos Aires (1974), págs. 303-304.

2. Por ejemplo, en los casos que veremos en seguida donde, desde la óptica de

Ocurre que, en el mismo acto en que Rubin despoja a la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento de su necesidad histórica, rebaja su contenido a un proceso que «más bien» (¿mucho, poquito, nada?) «modifica», «desarrolla» y «completa» una «definición inicial». Es decir, invierte su contenido, transformándolo en un desarrollo que parte de una concepción abstracta, sigue luego una necesidad puramente mental, una lógica, y tropieza entonces con la inevitable exterioridad de esta necesidad respecto de la real. Tropiezo que se le antoja no tener más solución que volver a negar la naturaleza real de la forma abstracta (negada ya al ser representada como una «definición») debido a las «divergencias de la realidad» que resultan de la concepción de esa forma como una «definición inicial», *redefiniéndola* como un concepto que incluye elementos que lo asemejan más a las apariencias de la realidad. Es así que el desarrollo de la contradicción real – esto es, el afirmarse la forma real abstracta mediante su propia negación como tal al realizar su necesidad, transformándose en una forma real concreta que tiene una necesidad propia a realizar – queda doblemente invertida en una «elimina[ción ideal de] las contradicciones». A Rubin no tiene cómo entrarle en la cabeza, entonces, que el proceso del conocimiento dialéctico que sigue al análisis en la reproducción de lo concreto mediante el pensamiento toma necesariamente forma acompañando el desarrollo de la contradicción real.³

Como su camino no hace sino llevarlo de una abstracción lógica a otra que no lo es menos, todo se le hace pasar de un concepto a otro, a partir del definido inicialmente,⁴ hasta llegar a construir «un sistema». Y, por supuesto,

Rubin, la génesis de la forma dinero explica la sustancia de valor de las mercancías, y la forma de fetiche de la mercancía explica la forma mercancía misma.

3. Marx plantea la cuestión de manera directa:

«Hemos visto que el proceso de cambio de las mercancías comprende relaciones contradictorias que se excluyen recíprocamente. El desarrollo de la mercancía no suprime esas contradicciones, pero crea las formas en que ellas pueden moverse. Este es ante todo el método por medio del cual las contradicciones reales se resuelven» (Karl Marx. *Das Kapital*. Vol. 1. Fráncfort: Ullstein Verlag, 1981, pág. 9, traducción propia).

«La mercancía es *unidad directa de valor de uso y valor de cambio*, o sea de dos contrarios. Es, por consiguiente, una *contradicción* directa. Es necesario desarrollar esta contradicción, una vez que ya no consideramos analíticamente la mercancía, como hasta ahora, bien desde el punto de vista del valor de uso, bien desde el punto de vista del valor de cambio, sino que lo vinculamos efectivamente como un todo a otras mercancías. Pero la relación *efectiva* de las mercancías entre sí es su proceso de intercambio» (primera edición del primer capítulo de Karl Marx. *El capital*. Vol. 3. Tomo 1. México, DF: Siglo XXI, 1984, pág. 1016).

4. Según Rubin:

«Una vez que hemos rastreado el fenómeno complejo remontándonos hasta sus

así como le endilga sus propias confusiones a Marx respecto del modo de exposición, se las endilga respecto del método de investigación:

«Hemos llegado a la paradójica situación de que Marx a veces considera el trabajo social (o socialmente igualado) y a veces el trabajo abstracto como contenido del valor. ¿Cómo podemos eludir esta contradicción? Ella desaparece si recordamos que el método dialéctico incluye los dos métodos de análisis que consideramos antes: el del análisis a partir de la forma para llegar al contenido y el que va del contenido a la forma.⁵ [...] Al pasar analíticamente de las formas acabadas a su contenido, encontramos el trabajo socialmente igualado como contenido del valor. Pero llegamos a otra conclusión si partimos, no de la forma acabada, sino del contenido mismo (es decir, el trabajo) del cual surge necesariamente la forma (esto es, el valor). Para pasar del trabajo, considerado como el contenido, al valor, como la forma, debemos incluir el concepto de trabajo en la forma social que corresponde a él en la economía mercantil, o sea, debemos ahora reconocer el trabajo abstractamente universal como el contenido del valor».⁶

Más allá de las paradójicas situaciones y del cómo eludir las contradicciones que brotan por cuenta de las inversiones de Rubin, a las que da vueltas y más vueltas, extendámonos aquí un poco más en lo que el propio Marx dice explícitamente acerca del método científico en *El capital*:

«Es de hecho mucho más fácil encontrar por el análisis el núcleo terrenal de las nebulosidades religiosas que, al revés, de las relaciones de vida reales de cada momento, desarrollar sus formas celestiales. El último es el único método materialista y, por lo tanto, científico».⁷

Rubin mismo hace referencia a esta cita como una de sus fuentes de inspiración metodológica. Pero, en sus manos, *el único método materialista y, por lo tanto, científico*, sufre una notable metamorfosis. Tiene ahora por todo secreto el «incluir» a partir del «contenido», el «concepto [...] en la forma social que corresponde a él [el contenido] en la economía» de que se trate. No se trata sino de la afirmación lisa y llana de que la representación teórica supera la exterioridad de su necesidad lógica respecto de la necesidad real, porque se la declara (como veremos a continuación) «totalmente saturada de un complejo y rico contenido económico-social tomado de la realidad». Lo

elementos básicos por medio del análisis, debemos tomar la dirección opuesta y, partiendo de los conceptos más abstractos, mostrar cómo se desarrollan llevándonos hasta formas más concretas, conceptos más concretos» (Isaak Rubin. "Abstract Labor and Value in Marx's System". En: *Debates in Value Theory*. Ed. por Simon Mohum. Nueva York: St. Martin's Press, 1994, pág. 38, traducción propia).

5. Notemos que Rubin hace referencia a "los dos métodos de análisis". Como el camino que sigue no hace sino llevarlo de una abstracción lógica a otra, sea que se mueva en una dirección o en la otra, Rubin acaba por reducir todo el método dialéctico a uno en que no cabe más necesidad que la puramente analítica, un doble análisis.

6. Rubin, «Ensayos sobre la teoría marxista del valor», pág. 171.

7. Marx, *Das Kapital*, pág. 331, traducción propia.

único que Rubin puede desarrollar mediante este método, es la inversión paso a paso de cada una de las afirmaciones explícitamente hechas por Marx acerca de su método. Según Rubin:

«Marx expresó lúcidamente el carácter lógico de su teoría del valor cuando dijo: “Hasta hoy, no conocemos más relación económica entre los hombres que la de poseedores de mercancías, relación en la que el hombre sólo entra en posesión de los productos del trabajo ajeno desprendiéndose de los del suyo propio”. [...] Así se explica una característica de la economía política como ciencia. Los conceptos básicos de la economía política se constituyen sobre la base del valor, y a primera vista hasta parecen ser emanaciones lógicas del valor. [...] Pero en realidad, el poder de la teoría de Marx no reside en su coherencia lógica interna tanto como en el hecho de que la teoría está totalmente saturada de un complejo y rico contenido económico-social tomado de la realidad y aclarado por el poder del pensamiento abstracto. [...] Un concepto surge de otro sólo en presencia de determinadas condiciones socioeconómicas. El hecho es que todo concepto posterior lleva, en la teoría de Marx, el sello del anterior. Todos los conceptos básicos del sistema económico parecen variedades lógicas del concepto de valor. [...] A primera vista, esta emanación lógica de los conceptos económicos básicos a partir del concepto de valor parece inexplicable. Pero puede explicarse por el hecho de que las relaciones de producción en la sociedad capitalista, que se expresan en los conceptos mencionados (capital, salarios, ganancia, interés, renta, etc.), aparecen en la *forma de relaciones entre productores independientes de mercancías*, relaciones que se expresan a través del concepto de valor. [...] El sistema de conceptos económicos se desarrolla a partir del sistema de las relaciones de producción. La estructura lógica de la economía política como ciencia expresa la estructura social de la sociedad capitalista».⁸

Rubin vuelve a atribuirle a Marx su propia concepción del método científico como una representación lógica. Recordemos la conclusión a la que llega Marx respecto de la lógica:

«La *lógica* [el *pensamiento especulativo* puro] es el *dinero* del espíritu, el *valor pensado*, especulativo, del hombre y de la naturaleza; su esencia que se ha hecho totalmente indiferente a toda determinación real y es, por tanto, irreal; es el *pensamiento enajenado* que por ello hace abstracción de la naturaleza y del hombre real; el *pensamiento abstracto*».⁹

Pero, a esta altura, es claro que para endilgarle a Marx una lógica no basta simplemente con declarar que la misma «expresa la estructura» de la realidad. Rubin sólo puede realizar su inversión sumergiéndose en un mundo de emanaciones, saturaciones, presencias, poderes que no residen tanto (pero nunca se nos dice cuánto) en un lugar como en otro, pensamientos abstractos, variedades lógicas. Este mundo fantasmagórico, hecho de ambigüedades, es el único a dónde Rubin puede recurrir para dar cuenta de la exterioridad de

8. Rubin, «Ensayos sobre la teoría marxista del valor», págs. 142-144.

9. Karl Marx. *Manuscritos. Economía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial, 1968, págs. 186-187.

la necesidad lógica respecto de la real más allá de la mera enunciación de su superación. Y emerge de él llevando de la mano al sujeto invertido que subyace en toda inversión lógica de la necesidad real por una ideal: *el concepto*.

Como buen sujeto, el concepto de Rubin es capaz de desarrollarse a sí mismo; pero, a diferencia del de Hegel, no es capaz de empezar a hacerlo por sí mismo. Recién cobra vida (aunque el cómo concreto sigue siendo un misterio que Rubin no nos revela) al ser puesto en presencia de condiciones reales dadas: «un concepto surge de otro sólo en presencia de determinadas condiciones socioeconómicas». Dicho de otro modo, para Rubin el concepto lógico de naturaleza ahistórica se enfrenta al movimiento histórico, y este enfrentamiento lo desarrolla, de concepto, en movimiento lógico. Por supuesto, Rubin carga la responsabilidad de sus inversiones sobre Marx.

Recordemos lo que Marx señala como resultado inevitable de todo intento por integrar el movimiento lógico con la introducción de categorías que representen la inmediatez concreta, a saber, el caer en las propias contradicciones:

«Veamos ahora que modificaciones hace sufrir el señor Proudhon a la dialéctica de Hegel aplicándola a la economía política.

»... Hegel no necesita plantear problemas. No tiene más que la dialéctica. El señor Proudhon no tiene de la dialéctica más que el lenguaje.

»... Ya no es la dialéctica la que se sitúa en sí misma y se opone a sí misma en virtud de su naturaleza contradictoria, sino que es el señor Proudhon el que se mueve, forcejea y se agita entre los dos lados de la categoría.

»Puesto así en un atolladero, del que es difícil salir por los medios legales, el señor Proudhon hace un esfuerzo desesperado y de un salto se traslada a una nueva categoría. Entonces aparece ante sus ojos asombrados la *serie en el entendimiento*.

»Toma la primera categoría que le viene a mano y le atribuye arbitrariamente la propiedad de suprimir los inconvenientes de la categoría que se trata de depurar.

»“... En la razón absoluta todas estas ideas [...] son igualmente simples y generales [...] De hecho no llegamos a la ciencia sino levantando con nuestras ideas una *especie de andamiaje*. Pero la verdad en sí no depende de estas figuras dialécticas y está libre de las combinaciones de nuestro espíritu”. [citado por Marx de *La filosofía de la miseria*, de Proudhon]

»... La idea ya no puede ni situarse en sí misma en forma de categorías ni descomponerse en ellas. La sucesión de categorías se convierte en una especie de *andamiaje*. La dialéctica no es ya el movimiento de la razón absoluta. De la dialéctica no queda nada, y en su lugar vemos como mucho la moral pura.

»Al hablar el señor Proudhon de la *serie en el entendimiento*, de la *sucesión lógica de las categorías*, declaraba positivamente que no quería exponer la *historia en el orden cronológico*, es decir, según el señor Proudhon, la sucesión histórica en que las categorías se han *manifestado*. Todo ocurría entonces para él en el *éter puro de la razón*. Todo debía desprenderse de este éter por medio de la dialéctica. Ahora que se trata de poner en práctica esta dialéctica, la razón lo traiciona. La dialéctica del señor Proudhon abjura de la dialéctica de Hegel, y el señor Proudhon se ve

precisado a reconocer que el orden que expone las categorías económicas no es el orden en que se engendran unas a otras. Las evoluciones económicas no son ya las evoluciones de la razón misma.

»¿Qué es, pues, lo que nos presenta el señor Proudhon? ¿La historia real, es decir, según lo entiende el señor Proudhon, la sucesión en la que las categorías se han *manifestado* siguiendo el orden cronológico? No. ¿La historia, tal como se desarrolla en la idea misma? Menos aún. Por lo tanto, ino nos presenta ni la historia profana de las categorías ni su historia sagrada! ¿Qué historia nos ofrece, en fin de cuentas? La historia de sus propias contradicciones». ¹⁰

Veamos ahora que tiene Marx que decir a propósito del «concepto del valor» y su «desarrollo»:

«... para mí no son sujetos ni el “valor” ni el “valor de cambio”, sino solamente *la mercancía*.

»... Es una “tendencia natural” de un profesor alemán de economía derivar la categoría económica “valor” de un *concepto*, ...

»... Tenemos aquí la economía *conceptual*, cuya supuesta *elucidación* por el *vir obscurus* lleva al “enlazar” y en cierto modo al “desenlazar”.

»... Todo esto no son más que “charlatanerías”. *De prime abord*, yo no arranco de “conceptos”, y por lo tanto, tampoco del “concepto de valor”, razón por la cual no tengo por qué “dividir” en modo alguno este concepto. De donde arranco es de la forma social más simple en que toma cuerpo el producto del trabajo en la sociedad actual, que es la “mercancía”.

»... Así se explica que nuestro *vir obscurus*, que ni siquiera se ha dado cuenta de que mi método *analítico*, que no arranca *del* hombre, sino de un período social económicamente dado, no guarda ni la más remota relación con ese método de entrelazamiento de conceptos que gustan emplear los profesores alemanes (“con palabras es fácil combatir, con palabras se puede construir un sistema”), ...

»... ¿Quién es el que establece aquí una contraposición lógica? El señor Rodbertus, para quien el “valor de uso” y el “valor de cambio” son, por naturaleza, meros “conceptos”. [...] [Al] que la usa, se le presenta cada clase concreta de mercancía en su forma natural específica, así como se le presenta en su *forma de valor* enteramente diferente, “común” a ella y a todas las demás mercancías, como *valor de cambio*. Aquí sólo existe una contraposición “lógica” para Rodbertus y los doctorales maestros de escuela alemanes afines a él, que arrancan del “concepto” de valor, y no de la “cosa social”, la “mercancía”, y luego el concepto se divide (desdobla) por sí mismo como si tuviese dos caras, para acabar discutiendo icuál de las dos quimeras es la que buscaban!

»... , en cualquier situación, el hombre tiene que comer, beber, etc. [...]; de ahí que el valor de uso sea para Rodbertus un concepto “lógico”. ¿Qué el hombre necesita respirar? Pues el “respirar” es un concepto “lógico”, de ninguna manera “fisiológico”. Pero donde mejor se revela la superficialidad de Rodbertus es en su

10. Karl Marx. *Marx/Engels. Obras Escogidas*. Vol. 7: *Miseria de la filosofía*. Buenos Aires: Editorial Ciencias del Hombre, 1973, págs. 75-77.

contraposición de un concepto “lógico” y otro “histórico”. El sólo enfoca el “valor” [...] en la *valor de cambio*; y como éste sólo se presenta [...] a partir de [...] un determinado grado de desarrollo histórico, [...] el *valor de cambio* es un concepto “histórico”». ¹¹

Rubin nos muestra los resultados de invertir a la «reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento» en una «teoría [...] totalmente saturada de un complejo y rico contenido económico-social tomado de la realidad y aclarado por el poder del pensamiento abstracto», construida mediante el «[surgir lógicamente un concepto de otro] en presencia de determinadas condiciones socioeconómicas», sin necesidad de remontarnos más allá de los párrafos suyos que ya hemos citado. Ni siquiera de este par: ¿qué es lo «económico-social» o lo «socioeconómico»? ¿Acaso lo económico, las formas económicas, las formas más simples de realizarse la organización del proceso material de metabolismo social (y que en la sociedad capitalista aparecen específicamente recortadas como relaciones sociales entre cosas, especificidad que es la que da a estas formas más simples su condición de «económicas» en sentido estricto), no son formas sociales ellas mismas? ¿Acaso las formas sociales que trascienden de las económicas no son las formas concretas necesarias de realizarse la organización del proceso de producción y consumo sociales, o sea, las formas concretas necesarias de realizarse las formas económicas y, por lo tanto, formas concretas de las formas económicas ellas mismas? Sólo en la exterioridad propia de la representación lógica, lo económico aparece necesariamente puesto como complemento exterior, y por lo tanto, en oposición, a lo social. Ocurre que, en el mundo de los conceptos lógicos, el de una forma abstracta aparece como el opuesto, o sea, como la abstracta negación inmediata, del correspondiente a la forma concreta en que aquélla realiza su necesidad. Rubin sucumbe así a las apariencias, y consecuente terminología preñada del contenido ideológico que se expresa en la necesidad de ocultar que se trata verdaderamente de lo «social-social», propias de la muy vulgar economía política del discurso de los funcionarios estatales. Pero sigamos a Rubin un poco más lejos en este método suyo donde un concepto emana de otro en presencia de determinadas condiciones «socio-sociales». Consideremos el trabajo abstracto.

Como concreto más simple, el trabajo humano productivo es el gasto material de una cierta cantidad de un cuerpo humano individual para producir objetos de materialidad externa a él, que sirven a su vez como medios para reproducir ese cuerpo o para producir y reproducir el de otros individuos. Cualquiera sea la forma concreta en que se aplique este gasto genérico de cuerpo humano, y cualquiera sea la forma específica con que se regule socialmente su asignación a esa forma concreta, los productos del trabajo humano son materializaciones del mismo. Esto es, son la forma material que toma lo que hasta allí existía materialmente como gasto productivo de cuerpo humano

11. Karl Marx. «Notas marginales al “Tratado de economía política” de Adolph Wagner». En: *Cuadernos de Pasado y Presente*, n.º 97: Buenos Aires (1982), págs. 35-37.

en general. Como forma material que trasciende su realización bajo distintas modalidades concretas, ese concreto más simple se encuentra determinado como trabajo abstracto, y estas modalidades concretas de realizarse, como trabajo concreto. Allí donde la capacidad total de trabajo de la sociedad se asigna bajo sus distintas formas específicas de manera directa, sea mediante las relaciones directas entre las personas, sea mediante la asignación consciente de esa capacidad como una potencia colectiva, cada trabajo concreto y por lo tanto cada porción de trabajo abstracto realizada en él, forman parte del trabajo social en el momento mismo de efectuarse. Pero no ocurre lo mismo en la época histórica en que el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad supera la posibilidad de la organización del proceso de metabolismo social mediante las relaciones directas entre las personas, pero al mismo tiempo no alcanza un grado suficiente como para que el proceso de metabolismo social se organice conscientemente. Aquí, esta organización sólo puede abrirse paso bajo una forma indirecta. Esto es, dejando en las manos privadas de cada productor la realización de un trabajo concreto bajo la forma específica que el alcance de su conocimiento independiente le indique, para confirmar recién después, mediante el intercambio de los productos privados, cuánto de ese trabajo era parte del trabajo social y cuánto no. De modo que el producto material mismo se niega como simplemente tal, para afirmarse como un producto material que es, al mismo tiempo, la encarnación de la relación social general, es decir, de la organización del proceso de vida social. El proceso de producción de estos valores de uso que al mismo tiempo encarnan el vínculo social general, sigue siendo obviamente un proceso tan material como lo era y lo seguirá siendo a todo lo largo de la historia humana. Pero no es ya un simple proceso material. Se niega como simplemente tal, afirmándose como un proceso material que produce al mismo tiempo el vehículo de la relación social general. Dado que los productores privados independientes no guardan más relación social inmediata entre sí que como portadores de porciones alícuotas de la capacidad total de trabajo de la sociedad, no guardan entre sí más relación inmediata que la de ser portadores de la capacidad de trabajo total de la sociedad como simple gasto de fuerza humana de trabajo en general, como gasto productivo de cuerpo humano en general. Y es la materialidad de su trabajo abstracto realizado y transformado en la materialidad misma de su producto, en tanto ese trabajo sea socialmente necesario, el que se representa como la capacidad de las mercancías para vincularse entre sí en el cambio, y relacionar así socialmente a sus productores. Es precisamente ese gasto material, fisiológico, el que se niega a sí mismo como simplemente tal en la sociedad mercantil. Lo hace para afirmarse como un gasto material realizado que, al mismo tiempo, toma la forma de su opuesto, de una pura relación social que no contiene como tal ni un átomo de materialidad, como el valor de las mercancías. Lo propio de la producción mercantil, y luego de la producción capitalista, es que todas las formas de la producción material

actúan, al mismo tiempo, como las formas concretas necesarias de la relación social general. De ahí la apariencia jeroglífica y fetichista de la mercancía.

Pero, ¿cómo ve este doble carácter contradictorio de las formas materiales que deben actuar como formas sociales, es decir como las reguladoras de su propia producción material, el economista que como Rubin concibe al método de investigación como un engendrarse lógico de conceptos en presencia de las condiciones propias de la producción mercantil? En vez de arrancar enfrenándose al concreto más simple específicamente en cuestión para acompañar idealmente el desarrollo de su necesidad, para Rubin se trata de arrancar de un concepto para construir otro:

«Sólo puede haber un modo de salir de esas dificultades: puesto que el concepto de valor tiene un carácter social e histórico . . . , debemos construir el concepto de trabajo abstracto que crea valor sobre la misma base».¹²

Lejos de sacar a Rubin de dificultades, este camino no hace sino desnudar la profundidad de las que lo envuelven. Porque un poco antes Rubin ha enunciado que:

«De esto se sigue que el concepto de trabajo abstracto, en nuestro esquema, precede directamente al concepto de valor».¹³

Resulta entonces que el «concepto de trabajo abstracto» precede directamente al «concepto de valor» pero, al mismo tiempo, debe construirse en base al carácter de éste, que presumiblemente recién va a poder conocerse cuando ese concepto sea formulado. Esto es, la construcción del «concepto de trabajo abstracto» presupone conocer de antemano el «concepto de valor» que se deriva directamente del «concepto de trabajo abstracto». Esto, que en el lenguaje ordinario se llama un grosero razonamiento circular, se encuentra consagrado por Rubin como la quintaesencia del método científico. Se trata, sin duda, de un claro ejemplo del *poder* del método que procede «conceptualmente» de la forma al contenido y del contenido a la forma. Pero a Rubin no sólo se le tornan circulares las relaciones entre conceptos. En su afán por ampliar los conceptos para embutir de algún modo en ellos «las condiciones económico-sociales», acaba embrollándose hasta el punto de adjudicar a los conceptos una existencia autónoma del pensamiento humano mismo:

«[Si se acepta la definición de que] El trabajo abstracto es el gasto de energía humana como tal, independientemente de las formas dadas . . . , el concepto de trabajo abstracto es un concepto fisiológico, desprovisto de todo elemento social e histórico. El concepto de trabajo abstracto existe en todas las épocas históricas, independientemente de esta o aquella forma social de producción».¹⁴

No se trata ya de si el trabajo abstracto existe en cualquier época histórica o no, sino acerca de si «el concepto de trabajo abstracto» lo hace. Es obvio

12. Rubin, «Ensayos sobre la teoría marxista del valor», pág. 189.

13. *Ibíd.*, pág. 170.

14. *Ibíd.*, pág. 186.

que ni siquiera el propio Aristóteles, no ya Lucy o los Cromagnon, llegaron a representarse su gasto de fuerza humana de trabajo en general, o sea, su trabajo abstracto, como un *concepto*. De donde esta discusión acerca de la naturaleza histórica o ahistórica del «concepto» de trabajo abstracto lleva en sí la inversión del mundo real como un mundo hecho de conceptos que existen por sí. Más aún, Rubin llega a invertir a los conceptos como los determinantes de las formas reales:

«Podría decirse que este concepto del trabajo abstracto debe ser tomado como la base, como el contenido y la sustancia del valor».¹⁵

Ya no es el «concepto del trabajo abstracto» la base, el contenido y la sustancia del «concepto del valor», sino del valor mismo en su existencia real. Esta inversión idealista no le brota a Rubin por mero descuido o accidente; pero tampoco, obviamente, adrede. Se encuentra implícita en la base misma del método científico estructurado como una representación de la realidad que sigue en su construcción a una necesidad abstracta, a una lógica. Para Rubin, y para los cultores de la representación en general, el concepto lógico nace de la exterioridad de una definición inicial y se amplía luego al incorporársele a él mismo, de modo no menos exterior, las apariencias de la realidad. Pero, por muy ajena a la necesidad real del fenómeno que esta construcción ideal sea, se la realiza precisamente para ser presentada como dando cuenta de la causa del fenómeno. Con lo cual sus autores caminan siempre al filo de la cornisa, o mejor dicho, pisando la cascara de banana que su propio método les tira constantemente por delante, prontos a caer en la inversión idealista que acaba por ver al concepto, no ya como una representación de la forma real, sino como su determinante. En la física moderna, que se vanagloria de estar libre de toda metafísica y mira por encima del hombro al conocimiento científico de las formas sociales por creerlo condenado por naturaleza a ella, esta inversión reina de manera indiscutida. Hegel no hace sino desarrollar esta inversión hasta su extremo necesario. Directamente invierte el desarrollo de la necesidad real poniéndolo como el desarrollo de la necesidad constructiva propia de la representación ideal, a saber, de la lógica. Supera así aquella doble exterioridad del concepto respecto de la necesidad real. Pero lo hace a expensas de poner al concepto como el determinante de la forma real, no ya de manera exterior al dárselo como causa, sino como la necesidad misma que en su propio desarrollo toma la forma concreta de objeto real. Hegel manifiesta su superación de la exterioridad, y al mismo tiempo perfeccionamiento de la inversión mistificadora, diciendo que el concepto:

«Es la verdad de la relación sustancial, en la que ser y esencia consiguen su acabada independencia y determinación, uno por medio del otro.

»... No está todavía esa realidad [la expuesta por medio del movimiento de la relación de sustancialidad por cuyo medio el concepto se ha *formado*] como su

15. *Ibíd.*, pág. 170.

propia determinación, surgida de él; cayó en la esfera de la necesidad; y la suya puede ser solamente una *libre* determinación ...

«... el concepto es la verdad solamente *en sí*; [...] *En primer lugar* es en general un *inmediato*, y en esta configuración sus momentos tienen la forma de *determinaciones inmediatas, firmes*. [...] Como esta forma de la intermediación es una existencia todavía inadecuada a su naturaleza, pues él es lo libre, que se refiere solamente a sí mismo, así tal forma es una forma *extrínseca*, en la que el concepto no puede valer como *ser-en-sí* y *por-sí*, sino *solamente* como *puesto*, o sea como algo subjetivo. [...] *En segundo lugar* el concepto en su *objetividad* es la *cosa misma existente en sí y por sí*».¹⁶

Marx resalta la inversión:

«... para poder ejercer sus funciones prácticas de valor de cambio, la mercancía tiene que desnudarse de su corporeidad natural, convertirse de oro puramente imaginario en oro real, aunque esta transustanciación le sepa “más amarga” que al “concepto” hegeliano el tránsito de la necesidad a la libertad o a una langosta la rotura del caparazón, o a San Jerónimo, el padre de la Iglesia, el despojarse del viejo Adán».¹⁷

Y le opone la determinación del concepto, no ya como propia del objeto real, sino del proceso de su conocimiento. Pero tampoco ya como determinación inherente a una construcción mental que sigue su propia necesidad ideal exterior a la real, sino como específica de la reproducción de esta necesidad real en el pensamiento:

«Como vemos, del análisis de la mercancía resultan todas las determinaciones *esenciales* de la *forma de valor* y la forma de valor misma en sus elementos antitéticos: [...] Pero del análisis de la mercancía resultaban estas formas como *formas mercantiles* en general, que también, por ende, sólo corresponden *antitéticamente* a cada mercancía, de tal modo que cuando la mercancía A se encuentra en una determinación formal, las mercancías B, C, etc., adoptan frente a ella la *otra* determinación formal. Lo decisivamente importante, empero, era descubrir la conexión necesaria interna entre *forma* de valor, *sustancia* de valor y *magnitud* de valor; esto es, expresándolo en términos *ideales*, demostrar que la *forma* de valor surge del *concepto* de valor».¹⁸

Marx presenta así al concepto como el resultado de la reproducción ideal en tanto ella alcanza al objeto real en lo que éste se encuentra determinado como una potencia a realizar mediante su propia negación aún no desplegada:

«La forma exterior de las relaciones económicas, tal como se presenta en la superficie de los fenómenos, en su existencia real y también, por tanto, en las ideas con que los representantes y los agentes de estas relaciones pretenden ver claro en

16. Georg Wilhelm Friedrich Hegel. *Ciencia de la lógica*. Buenos Aires: Ediciones Solar, 1976, págs. 527-528.

17. Karl Marx. *El capital*. Vol. 1. México, DF: FCE, 1973, pág. 64.

18. Primera edición del primer capítulo de Marx, *El capital*, vol. 1, pág. 1006.

ellas, difiere mucho y es, en realidad, lo inverso, lo contrario a su forma nuclear interior, aunque oculta, y al concepto que a ella corresponde».¹⁹

Escapa a nuestro presente objetivo entrar a considerar si la reproducción pensada del objeto real en lo que éste tiene de forma real abstracta cabe en la categoría de concepto, o si esta categoría no resulta apropiada para reflejar su especificidad como tal reproducción. De todos modos, recordemos que Marx va tan a fondo en la crítica del método estructurado en base a una necesidad lógica que entrelaza conceptos, y a la inversión idealista que éste inevitablemente conlleva, como para advertirse a sí mismo en sus borradores acerca de la necesidad de evitar hasta la apariencia de semejanza con ellos en la exposición. Pero notemos, al mismo tiempo, cómo él mismo debe luchar, al estar dando el primer paso en la historia de la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento que revoluciona la forma del conocimiento científico, con los resabios que arrastra del método superado:

«En otro momento, antes de dejar este problema, será necesario corregir la manera idealista de exponerlo, que da la impresión de tratarse de puras definiciones conceptuales y de la dialéctica de estos conceptos. Por consiguiente, deberá criticarse ante todo la afirmación: el producto (o actividad) deviene mercancía; la mercancía, valor de cambio; el valor de cambio, dinero».²⁰

El continuo avance de Marx en este proceso de corrección de la forma de exposición se manifiesta todavía en la reelaboración del primer capítulo entre la primera y la segunda edición de *El capital*. En ella, Marx logra de manera plena que sea el movimiento de la propia expresión del valor de la mercancía en su relación de cambio la que ponga en evidencia la determinación específica del trabajo abstracto socialmente necesario como la sustancia del valor por su realización de manera privada e independiente. Con lo cual, puede eliminar por completo las referencias externas al desarrollo de la forma del valor a partir del concepto del valor.

Volvamos específicamente a Rubin. A esta altura, es capaz de aceptar cualquier contradicción menos una, la única real que tiene delante de los ojos: que es la materialidad misma del simple gasto de fuerza humana de trabajo la que se encuentra específicamente determinada en la producción mercantil (es decir, en la sociedad donde los trabajos se realizan de manera privada y con independencia unos de otros) para negarse como tal materialidad, afirmándose como un gasto material cuyo producto es al mismo tiempo la encarnación de la relación social general y, por lo tanto, unidad contradictoria de valor de uso y valor:

«Marx nunca se cansó de repetir que el valor es un fenómeno social, que la existencia del valor [...] “tiene una materialidad puramente social” [...], y no

19. Karl Marx. *El capital*. Vol. 3. México, DF: FCE, 1973, pág. 210.

20. Karl Marx. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (borrador) 1857-1858. Vol. 1. Buenos Aires: Siglo XXI, 1972, vol. 1, pág. 77.

contiene un solo átomo de materia. De esto se sigue que el trabajo abstracto, que crea valor, debe ser entendido como una categoría social en la cual no podemos encontrar ni un átomo de materia. Una de dos cosas es posible: si el trabajo es un gasto de energía humana en forma fisiológica, entonces el valor también tiene un carácter material cosificado. O bien, el valor es un fenómeno social, y entonces el trabajo abstracto también debe ser entendido como un fenómeno social vinculado con una determinada forma social de la producción. No es posible reconciliar un concepto fisiológico de trabajo abstracto con el carácter histórico del valor que crea. El gasto fisiológico de energía como tal es el mismo para todas las épocas y, podríamos decir, esta energía creó valor en todas las épocas. Llegamos a la más tosca interpretación de la teoría del valor, que contradice de plano la teoría de Marx». ²¹

A Rubin le resulta incomprensible que el trabajo abstracto sea un proceso material, cuya materialidad misma se transforma en la materialidad de su producto. Y que sea este trabajo material materializado el que se representa como la capacidad de cambio de las mercancías, constituyéndose en tanto tal representación, en el valor de éstas. Es decir, constituyéndose en una forma social, el valor, que, como tal, no encierra en sí misma ni un solo átomo de materialidad. Tomemos, para variar, otra forma real, a saber, las ideas. Las ideas son el producto de un proceso electroquímico puramente material y, como tales, sólo existen como la materialización de la reproducción ininterrumpida de este proceso. Al mismo tiempo, las ideas sólo pueden manifestarse exteriormente bajo una forma material distinta de su propia materialidad, esto es, bajo la forma de una vibración del aire percibida por el oído humano, el reflejo de una determinada luz sobre el ojo o la rugosidad al tacto de un escrito en Braille. Y, sin embargo, como hasta el propio Rubin estaría seguramente de acuerdo, las ideas no contienen ni un solo átomo de materialidad en sí mismas. El trabajo abstracto es de naturaleza puramente material; es su representación, una vez materializado en la mercancía, como la capacidad de ésta para ser cambiada, la que tiene una existencia puramente social.

Rubin se ve forzado a negar la naturaleza material del trabajo que crea valor por una doble determinación que se manifiesta en su método. En primer lugar, esta determinación hace a la forma misma de su método como una representación conceptual de las formas reales. Al realizarse como trabajo productor de mercancías, el simple gasto material de fuerza humana de trabajo se afirma como productor de una forma puramente social como lo es el valor. Esta forma material aparece así realizando la necesidad que le es inmanente y, por lo tanto, afirmándose a sí misma, sólo a través de negarse como tal forma material para metamorfosearse en una forma puramente social. Con lo cual pone de manifiesto con una violencia singular, lo que es inherente a todas las formas reales: que no tienen más modo de realizar su determinación, o sea, de afirmarse, que mediante su propia negación. Y ocurre que no hay modo

21. Rubin, «Ensayos sobre la teoría marxista del valor», pág. 189.

de hacer que las formas reales quepan como esta unidad contradictoria que son, dentro de los límites abstractos de los conceptos lógicos. En el mundo invertido de la representación conceptual, ningún concepto puede contener su propia negación. De hacerlo, entraría en la construcción llevando en sí una necesidad a realizar que se daría de patadas, por el sólo hecho de existir, con la exclusividad constructiva de la necesidad lógica. Por eso, la exterioridad de toda necesidad respecto de los conceptos que la lógica pone en relación aparece como una condición de la representación; y la violación de esta exterioridad, como una contradicción lógica inadmisibile. Por lo mismo, las formas reales entran en la construcción lógica representadas por conceptos que tienen la forma de abstractas afirmaciones inmediatas, por más contradicciones que esas formas reales contengan. La única especificidad de la lógica dialéctica en este sentido es que, en ella, el afirmarse mediante la propia negación real se representa como la unidad exteriormente establecida por la relación lógica entre dos abstractas afirmaciones inmediatas contrapuestas.

En segundo lugar, la utilización de un método de investigación cuya forma produce por sí semejante inversión, nos remite sin duda a la razón histórica por la cual este método se impone como forma universalmente dominante del conocimiento científico. Sin embargo, aquí sólo cabe abordar esta razón en tanto se manifiesta directamente en el desarrollo de Rubin. Veamos. Apenas después de condenar al escarnio de «la más tosca interpretación de la teoría del valor, que contradice de plano la teoría de Marx», a cualquiera que encuentre en un atributo material inherente al trabajo humano en general el contenido representado en una forma social históricamente específica, Rubin nos muestra el *verdadero* camino:

«La transformación del trabajo *privado* en trabajo *social* sólo puede efectuarse mediante la transformación del trabajo *concreto* en trabajo *abstracto*. Por otro lado, la transformación del trabajo concreto en abstracto significa ya su inclusión en la masa de trabajo social homogéneo, vale decir, su transformación en trabajo social. El trabajo abstracto es la variedad del trabajo social o trabajo socialmente igualado en general. Es trabajo social o socialmente igualado en la forma específica que tiene en una economía mercantil. El trabajo abstracto no es sólo trabajo socialmente igualado, esto es, abstraído de sus propiedades concretas, trabajo impersonal y homogéneo. El concepto de trabajo abstracto presupone que el *proceso de despersonalización o igualación del trabajo es un proceso unificado por el cual se “socializa” el trabajo*, es decir, se lo ha incluido en la masa total de trabajo social». ²²

¿Cómo? ¿Así que el gasto de simple fuerza humana de trabajo no puede ser la sustancia del valor porque es una forma material común a toda forma de sociedad y, de pronto, el trabajo concreto, es decir, el trabajo humano en su materialidad más absoluta y condición obvia para la existencia misma de toda forma de sociedad, «se transforma» en trabajo abstracto, «en una

22. *Ibíd.*, pág. 196.

categoría social en la cual no podemos encontrar ni un átomo de materia», «forma específica que tiene [el trabajo social] en una economía mercantil»? ¡Vaya con el señor Rubin! Pero esto no es todo. En el mismo acto, el trabajo privado «se transforma», gracias a la mediación del «se transforma» anterior, en su opuesto, en trabajo social. Y resulta que, en la producción mercantil, todo trabajo abstracto es, por el solo hecho de serlo, trabajo social. Sin duda, Rubin ha encontrado la piedra filosofal de la economía política. Nos da el procedimiento al que ha recurrido, según él, para hacerlo:

«Podemos ver que la mayoría de los autores entendieron el trabajo abstracto de un modo simplificado, en el sentido de trabajo fisiológico. Esto obedece al hecho de que estos autores no se dedicaron a seguir la teoría del trabajo abstracto de Marx en su totalidad. Para ello tendrían que haber efectuado un análisis detallado del texto de Marx de la sección sobre el fetichismo de la mercancía y en particular, de la *Contribución a la crítica de la economía política*, donde Marx desarrolló su teoría de manera más completa. En cambio, esos autores prefirieron limitarse a una repetición literal de unas pocas frases que Marx dedicó al trabajo abstracto en la sección segunda del capítulo I de *El capital*.

»En la sección mencionada de *El capital*, Marx, en efecto parece brindar una base para la interpretación del trabajo abstracto precisamente en un sentido fisiológico: [...] Ni los [defensores] ni los [adversarios de Marx] observan que la concepción simplificada del trabajo abstracto [...], basada a primera vista en una interpretación literal de las palabras de Marx, no puede en modo alguno ser compatible con la totalidad de la teoría del valor de Marx, ni con una serie de pasajes de *El capital*».²³

Ya sabemos que las formas reales se encuentran expuestas a las más violentas distorsiones en cuanto se las encuentra representadas en el mundo de los conceptos. Pero a esta altura, en el mundo conceptual producido por Rubin no entra una forma real que no sea presentada invertida. En primer lugar, la investigación dialéctica de las formas concretas reales del capitalismo no enfrenta ya a esas formas para apropiarse idealmente sus determinaciones al reproducir su desarrollo mediante el pensamiento, superando así toda interpretación de la realidad. Se trata de realizar «un análisis detallado del texto de Marx» para efectuar una «interpretación [...] de las palabras de Marx» de «modo [...] compatible con la totalidad de la teoría del valor de Marx». En segundo lugar, toda reproducción individual del descubrimiento original efectuado por Marx del trabajo abstracto como simple gasto de fuerza humana de trabajo, no es tal. Se ha transformado en que, quienes la hagan, «no se dedicaron a seguir la teoría del trabajo abstracto de Marx en su totalidad». En tercer lugar, el propio Marx se ha transformado en un incoherente que escribía de manera «literal» «frases» «en modo alguno compatible(s) con la totalidad de la teoría del valor de Marx, ni con una serie de pasajes de *El capital*». Aunque, en realidad, Rubin ya nos había dado pruebas de su convicción acerca de la incoherencia de Marx.

23. Rubin, «Ensayos sobre la teoría marxista del valor», pág. 188.

Qué otra cosa significa afirmar que, alguien que ha empezado por poner explícitamente de manifiesto a la lógica como «el *pensamiento enajenado* que por ello hace abstracción de la naturaleza y del hombre real», va a desarrollar luego lo que denomina «la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento» en base a una lógica, al punto de «expres[ar] lúcidamente el carácter lógico de su teoría del valor». Por último, la reproducción mediante el pensamiento de las determinaciones del trabajo abstracto socialmente necesario materializado en las mercancías que se representa como el valor de éstas, realizada por primera vez por Marx y expuesta en «la sección segunda del capítulo I de *El capital*» de un modo que obviamente hace historia, se ha transformado en «unas pocas frases que Marx dedicó al trabajo abstracto».

Pese a todo, sigamos a Rubin hasta el punto en que nos va a revelar el secreto mismo de la transformación del trabajo concreto en trabajo abstracto, del trabajo privado en trabajo social, y del trabajo abstracto en trabajo directamente social:

«¿Cómo puede el carácter social del trabajo expresarse en el cambio? Si un vestido es el producto del trabajo privado de un sastre, podemos decir entonces que la venta del vestido, o su cambio por oro, iguala el trabajo privado del sastre con otra forma del trabajo privado, a saber, el del productor de oro. ¿Cómo puede la igualación de un trabajo *privado* con otro trabajo *privado* dar al primero un carácter social? Esto sólo es posible en el caso de que el trabajo privado del productor de oro esté ya igualado con todas las otras formas concretas de trabajo, es decir, si su producto, el oro, puede ser cambiado directamente por cualquier otro producto y, por consiguiente, si desempeña el papel de equivalente general, o dinero. El trabajo del sastre, puesto que es igualado con el trabajo del productor de oro, es también igualado y *vinculado* con todas las formas concretas de trabajo. Igualado con ellas como una forma de trabajo equivalente a las mismas, el trabajo del sastre se transforma de concreto, en general o *abstracto*. Estando *conectado* con los otros en el sistema unificado de trabajo social total, el trabajo del sastre se transforma de trabajo privado en social».²⁴

Para empezar, según Rubin las mercancías no son la materialización de la unidad contradictoria de trabajo privado y concreto, y de trabajo social y abstracto, en el momento mismo de ser producidas. Por el contrario, Rubin concibe a las mercancías simplemente como el producto del trabajo privado y concreto en el momento de su producción. En consecuencia, tampoco ve que el cambio es la resolución de esa unidad contradictoria (y por lo tanto, el momento en que ella puede ponerse inmediatamente de manifiesto precisamente por estar ya resuelta), en donde los productos de trabajos privados y concretos distintos se equiparan entre sí en tanto materializaciones de cantidades equivalentes de trabajo social y abstracto. Para Rubin, las mercancías se relacionan directamente entre sí en el cambio en tanto productos de trabajos privados y concretos distintos. Y ocurre entonces que el cambio transforma *a posteriori* al

24. *Ibíd.*, pág. 182.

trabajo privado y concreto mismo materializado en ellas, en social y abstracto. Esta transformación de un trabajo en otro ocurre porque las mercancías se encuentran en el cambio con el producto de uno de esos trabajos simplemente privados y concretos, el oro, ya determinado como el equivalente general de todas ellas. Rubin se ocupa de no dejar dudas al respecto:

«Como consecuencia del proceso de cambio, el producto y el trabajo del productor de mercancías están sometidos a cambios sustanciales. [...] Pero la venta del producto modifica su forma de valor, su función o forma social. [...] Las modificaciones a las cuales está sujeto el producto del trabajo en el proceso de cambio pueden ser caracterizados del siguiente modo: 1) el producto adquiere la capacidad de ser cambiado directamente por cualquier otro producto del trabajo social, es decir, exhibe su carácter de ser un producto social; 2) el producto adquiere este carácter social en tal forma que es igualado con un producto determinado (el oro) que posee la cualidad de ser directamente intercambiable por *todos los otros productos*; ...²⁵

»En la realidad definimos el trabajo abstracto como el trabajo que ha sido igualado a través de la igualación general de todos los productos del trabajo, pero la igualación de todos los productos del trabajo no es posible salvo a través de la asimilación de cada uno de ellos con un equivalente general. En consecuencia, el producto del trabajo abstracto tiene la capacidad de ser asimilado con todos los otros productos sólo bajo la forma que aparece como equivalente general o que puede potencialmente cambiarse por un equivalente general».²⁶

Ahora bien, como ya sabemos, por mucho que el dinero es oro por naturaleza, el oro no es dinero por naturaleza. El oro adquiere la determinación social de dinero, de forma substantivada del equivalente general, en tanto él mismo empieza por ser una mercancía común y corriente. Y son las mercancías mismas las que en su proceso de cambio destacan al oro de entre ellas para que actúe como su representante general.²⁷

De modo que el cambio de las mercancías como equivalentes no presupone la existencia del dinero sino que, a la inversa, es el propio desarrollo del simple cambio de mercancías como equivalentes el que engendra al dinero. Al mismo tiempo, cualquier lector de *El capital* sabe que, desde Aristóteles en adelante, pertenece al conocimiento social la evidencia de que el cambio de

25. Rubin, «Ensayos sobre la teoría marxista del valor», pág. 179.

26. Rubin, «Abstract Labor and Value in Marx's System», pág. 48.

27. Marx sintetiza la cuestión del siguiente modo:

«El germen de la forma dinero se encierra ya, por tanto, en la forma simple de la mercancía.

»... No es el dinero el que hace que las mercancías sean conmensurables, sino al revés: por ser *todas* las mercancías, consideradas como valores, *trabajo humano materializado*, y por tanto conmensurables de por sí, es por lo que todos sus valores pueden medirse en la misma mercancía específica y ésta convertirse en su medida común de valor, o sea en dinero» (Marx, *El capital*, vol. 1, pág. 36 y 56).

dos objetos materialmente distintos entre sí presupone la conmensurabilidad de los mismos, y que, a su vez, esta conmensurabilidad presupone que ambos encierran una sustancia común. ¿Como equivalentes de qué sustancia común se cambian las mercancías de Rubín en cuanto se las considera por sí mismas, es decir, antes de que en el desarrollo del cambio una de ellas devenga dinero? O dicho de otro modo, ¿qué sustancia común se representa como la simple capacidad de cambio de las mercancías según Rubín? O, más simplemente aún, ¿qué determina según Rubín la simple cambiabilidad de las mercancías como equivalentes? Rubín ya nos ha dicho que no puede ser el trabajo abstracto socialmente necesario, ya que éste presupone según él, o un concepto «fisiológico» inaceptable, o la existencia del equivalente general. Pero, al darnos el ejemplo del cambio del vestido por el oro, nos basta con considerar al oro como una simple mercancía para que la respuesta positiva de Rubín quede en evidencia. Para él, el producto de un trabajo privado concreto, el que produce el vestido, se cambia con el producto de otro trabajo privado concreto, el que produce el oro, sin que medie en este cambio sustancia común alguna. Más aún, cree que es al revés, que es un atributo del cambio mismo el igualar a esos trabajos privados concretos: «la venta del vestido, o su cambio por oro, iguala el trabajo privado del sastre con otra forma del trabajo privado, a saber, el del productor de oro». En vez de preguntarse por la determinación de las mercancías que toma forma concreta como la capacidad de cambio de éstas en tanto equivalentes, o sea, como su valor, Rubín invierte la relación y presenta al valor como determinado por la realización del cambio mismo. Después de definir el «concepto» de valor por el cambio mismo de las mercancías, no le resta sino «ampliar» ese concepto introduciendo en él el trabajo social mediante la consideración de la «realidad socio-económica» de la circulación del dinero: «pero la venta del producto modifica su forma de valor, su función o forma social, etc.». Y como el cambio no le aparece presuponiendo contenido alguno de trabajo social al que sólo le falte manifestarse como tal en él, sino como la inmediata transformación en iguales de trabajos concretos y privados como tales, y que luego la generalización del cambio de las mercancías por dinero transforma esos trabajos privados en sociales, le parece que la «despersonalización o igualación» que experimenta así el trabajo concreto al «socializarse», lo transforma en abstracto. Rubín se representa así la doble determinación del trabajo materializado en las mercancías en su proceso de producción mismo como trabajo concreto y privado, y trabajo abstracto socialmente necesario (al que sólo le resta manifestarse como tal socialmente necesario en el cambio), como una *reducción* o transformación del primero en el segundo a través de la circulación. La extensión completa de sus conceptos ampliados cabe entonces en una sola frase:

«Llegamos así a estas conclusiones: El trabajo abstracto y el valor se crean u

“ocurren”, “devienen” en el proceso directo de producción [...] y sólo se realizan en el proceso de cambio». ²⁸

El proceso directo de producción, esto es, el consumo productivo de fuerza humana de trabajo, se nos presenta ahora poseyendo la fantástica capacidad de *crear* trabajo. La necesidad inmanente a las mercancías en tanto materializaciones de trabajo abstracto socialmente necesario que sólo puede expresarse como tal en tanto materialización de un trabajo concreto y privado, de destacar de entre ellas una que en su materialidad privada y concreta sea materialización inmediata del trabajo social y abstracto, esto es, la génesis de la forma dinero de la mercancía, se convierte en manos de Rubin en la génesis del trabajo social y abstracto por obra y gracia del dinero. He aquí otra prueba del poder del método de Rubin, que se pasea conceptualmente de la forma al contenido y del contenido a la forma, *para terminar representándose al contenido como determinado por la apariencia de su forma*. La piedra filosofal de la economía política no tiene más secreto que el haber puesto, no ya oro en lugar de plomo, sino dinero en lugar de oro, antes de empezar. Después de darle vueltas y más vueltas al fetichismo de la mercancía, Rubin no puede evitar encandilarse con el fetiche del dinero. Se torna evidente ahora por qué ha partido de anteponer el fetichismo de las mercancías a la determinación de éstas como valores. En los términos invertidos de Rubin:

«La teoría del fetichismo es, *per se*, la base de todo el sistema económico de Marx, y en particular de su teoría del valor». ²⁹

»La teoría del fetichismo de la mercancía se transforma [...] en una propedéutica a la economía política». ³⁰

Sin duda, Rubin es de los que creen que el método científico consiste en poner la ciencia antes del desarrollo de la ciencia. Sólo es posible dar cuenta del fetichismo de la mercancía siguiendo el desarrollo de la mercancía misma que brota del doble carácter del trabajo materializado en ella; siguiendo por lo tanto el desarrollo de la necesidad del trabajo abstracto socialmente necesario materializado en una mercancía de representarse como la capacidad de cambio de ésta, expresándose necesariamente en el valor de uso de otra mercancía; y, de ahí, siguiendo el desarrollo de la necesidad de la mercancía de tomar forma concreta en la conciencia invertida de sus productores, donde la forma específica que toma la relación social general entre ellos, esto es, la forma de valor que toma su producto, aparece como un atributo inherente a la materialidad misma de estos productos. Rubin puede volver este desarrollo patas arriba, anteponiendo el del fetichismo de las mercancías al de su propia determinación como forma concreta necesaria de realizarse el valor de las mercancías, simplemente porque parte de tomar como inmediatamente dado

28. Rubin, «Abstract Labor and Value in Marx's System», pág. 56.

29. Rubin, «Ensayos sobre la teoría marxista del valor», pág. 53.

30. *Ibíd.*, pág. 54.

lo que Marx ha descubierto siguiendo el verdadero curso del conocimiento científico. Pero al invertir así la cuestión, Rubin convierte al fetichismo de las mercancías en una abstracción, y todo se le hace ponerlo en una relación exterior con su propia determinación. Y no puede evitar caer prisionero de las apariencias de su propia inversión: Rubin antepone la cambiabilidad de las mercancías a la determinación de su valor y, por lo tanto, a la determinación de las mercancías como valores, como objetos cambiables, como objetos capaces de ser relacionados entre sí en el cambio. En lugar de explicar la cambiabilidad de las mercancías por su valor, pretende explicar el valor de las mercancías por su cambiabilidad. Se encuentra pues prisionero de la apariencia de que la cambiabilidad de las mercancías es un atributo *natural* de los productos del trabajo, cualquiera sea la forma social en que se regule su producción.

Basta, por lo tanto, con seguir el curso desplegado por Rubin para que se transparente de inmediato la esencia ideológica de sus sutilezas metodológicas. Por muy crítico que pueda parecer, Rubin no es sino un economista. Como tal, cree que su ciencia es la forma natural del conocimiento de las formas sociales. No puede reconocer en ella la expresión históricamente específica de la conciencia enajenada como atributo del capital que se ve a sí misma como una conciencia abstractamente libre.

Sin embargo, dichas sutilezas metodológicas no dan cuenta por sí mismas de la necesidad social específica que toma forma concreta en la inversión ideológica de Rubin del trabajo abstracto como exclusivamente propio de la producción mercantil.

10.2 El contenido ideológico de la inversión efectuada por Rubin; o la economía política como contradicción en los términos

Para poner en evidencia esta determinación, pasemos de Rubin a lo que puede tomarse a simple vista como su opuesto absoluto, a saber, el *Manual de Economía Política* de la Academia de Ciencias de la URSS. Aquí, hasta la última sutileza metodológica sale sobrando. Mucho más obviamente aún que en la estructura de *ensayos* de Rubin, el desarrollo de la necesidad real que brota de la mercancía misma aparece sustituido, en el manual, por un tan monótono como pretenciosamente pedagógico ordenamiento expositivo, completamente exterior a la necesidad en cuestión. De sujeto, la mercancía queda reducida así a *tema*. De modo que el contenido del manual puede aprenderse y repetirse acriticamente hasta el hartazgo, sin necesidad – ni oportunidad, mientras se acepte permanecer su prisionero – de entender siquiera una palabra de lo que se dice. Cosa que, al fin y al cabo, no es otra que la razón de ser de todo manual de economía que se respete. Sólo el cumplimiento de este objetivo ideológico puede dar lugar a decir que:

«El trabajo de los productores de mercancías, concebido como inversión de su fuerza humana de trabajo en general, independientemente de la forma concreta que revista, es el *trabajo abstracto*». ³¹

para agregar dos párrafos más abajo que:

«El trabajo abstracto, que forma el valor de la mercancía, es una categoría histórica, una forma específica del trabajo social, inherente tan sólo a la economía mercantil». ³²

Tan pronto como se enuncia que el trabajo abstracto es en esencia algo obviamente común a toda producción humana cualquiera sea su forma social, se enuncia que sólo existe en una forma social específica, la economía mercantil. Lo que a Rubin le lleva medio libro tratar de justificar, los autores del *Manual* lo dan por resuelto con sólo afirmarlo. Pero, más allá de las diferencias formales, la esencia es la misma. Es que, tanto los *Ensayos* como el *Manual* surgen como expresión concreta de la especificidad de un mismo proceso social.

Este proceso no es otro que el de la acumulación de una porción del capital total de la sociedad, recortada por la forma nacional de la acumulación de éste, que supera en su proceso de centralización las limitaciones que corresponden a su propiedad privada fragmentada al interior del ámbito nacional en que toma la forma de productivo. En tanto este proceso de centralización necesita históricamente abrirse paso revolucionando su propia base, su realización toma necesariamente forma concreta en una revolución social que aniquila a la burguesía al interior del ámbito nacional en cuestión. Se trata pues, de una revolución social que tiene a la acción política de la clase obrera del ámbito nacional, por forma necesaria de realizarse. Y a través de esta revolución social, el capital en cuestión se transforma en propiedad colectiva de esa misma clase obrera. Lo cual, por supuesto, no le quita ni en un ápice su condición de privado respecto del resto de la humanidad, ni de capital aun respecto de la mismísima clase obrera de cuyo plustrabajo se nutre para reproducirse como tal capital. De modo que necesita enfrentar a sus propios propietarios como lo que es: una potencia que les es ajena a ellos mismos. Este capital se determina entonces como propiedad del representante general de la sociedad nacional que se presenta, al mismo tiempo, como potencia exterior a ella: el estado nacional. El capital, relación social materializada en que toma forma concreta la regulación autónoma del proceso de metabolismo social, y que se transforma en su propio desarrollo en el sujeto inmediato mismo de la producción y el consumo sociales, alcanza así su modo nacional más desarrollado como forma enajenada del ser genérico humano y sus potencias. Se trata, sin duda, de un salto adelante fundamental en la realización de la necesidad del capital de aniquilar su misma razón histórica de existir, y por lo tanto, de aniquilarse a sí

31. Academia de Ciencias de la URSS, ed. *Manual de Economía Política*. Buenos Aires: Editorial Fundamentos, 1962, pág. 57.

32. *Ibíd.*, pág. 58.

mismo, en su propio desarrollo. Así como lo es en cuanto a la realización de la necesidad del capital de determinar a la clase obrera como la personificación exclusiva de esta potencia revolucionaria suya. Pero, al mismo tiempo, este salto adelante no tiene la potencia para ir más allá de los límites del modo de producción capitalista mismo. Ni es capaz, por lo tanto, de abolir a la clase obrera que lo personifica, transformando a sus miembros en individuos libremente asociados, o sea, en individuos que organizan su vida social a través de conocer cada uno de ellos de manera plena sus determinaciones como órganos concretos de su potencia humana colectiva.

Es precisamente esa condición de modo nacional más desarrollado de enajenación de las potencias humanas como potencias del capital la que toma forma concreta, representándose de manera invertida en la conciencia de la clase obrera a la que extrae plusvalía, como la negación realizada de la producción capitalista en la regulación directamente consciente de la vida social; esto es, como el socialismo realizado. Su sola condición de conciencia invertida le impone la necesidad de convertirse en el producto de una rama particular dentro de la división social del trabajo, a saber, de una rama de la producción social especializada en la producción ideológica. Pero esa conciencia invertida parte de representarse a la producción social de la que esta producción ideológica especializada forma parte, como si se tratara de una producción social conscientemente organizada. Con lo cual, dicha producción ideológica aparece de inmediato como su opuesto, como una pura producción científica. Por su misma naturaleza ideológica, esta producción no puede partir de analizar la forma más simple que toma la relación social general dentro del ámbito nacional. Por el contrario, debe partir necesariamente de enunciar el carácter de una forma social por la apariencia inmediata de las relaciones de propiedad en ella.³³

La economía política adquiere, sobre esta base, la especificidad de tener que representar a las determinaciones propias de la acumulación capitalista

33. Como observa Chattopadhyay:

«Lo que a uno le impacta en este concepto soviético temprano de socialismo es una aproximación predominantemente jurídica al socialismo, donde un tipo específico de forma de propiedad, y no la especificidad de la relación de producción, deviene el principal criterio para caracterizar la nueva sociedad (habiendo dado por supuesto el carácter proletario del estado). La propiedad estatal de los medios de producción se iguala a socialismo, de donde la producción mercantil y el trabajo asalariado (cuando se reconoce su existencia) son voluntariamente puestos de lado como meramente “formales”, simplemente en base de la propiedad estatal (proletaria) de los medios de producción» (Paresh Chattopadhyay. “Socialism and Value Categories in the Early Soviet Doctrine: Lenin, Trotsky, Bukharin, Preobrazhensky”. En: *Papers for the Third annual mini-conference on Value Theory at the Eastern Economic Association Annual Conference*. Boston, 1996, traducción propia).

como no rigiendo en esta forma específica suya, sino que sólo la regulación consciente directa del proceso de metabolismo social lo hace. Y no olvidemos que estas determinaciones de la acumulación capitalista incluyen a la ley general que condena a la clase obrera a la condición de población sobrante y a una pauperización creciente, así como a la necesidad de las crisis de superproducción general. Más aún, dichas determinaciones incluyen, por sobre todo, a la necesidad de la superación revolucionaria de la forma concreta misma que la acumulación de capital toma en ese ámbito nacional; superación revolucionaria que está muy lejos de consistir en el mero desarrollo armónico de dicha forma concreta como socialismo o comunismo. En consecuencia, esta economía política debe cultivar la apariencia creada por la regulación necesariamente directa al interior del proceso de producción recortado por cualquier capital individual, que aquí corresponde a la totalidad de la producción nacional, representando al trabajo productivo puesto en acción por este capital como si fuera un trabajo directamente social. Al mismo tiempo, debe sacar de la vista que, en última instancia y más allá de la apariencia de la planificación absoluta, lo que se impone es la regulación autónoma de la producción social a través de la compraventa de la fuerza de trabajo y de la correspondiente compraventa de los medios de vida.

Para representar a las formas concretas específicamente propias de la regulación capitalista como si fueran formas a las que puede corresponder el contenido propio de su misma negación realizada, es decir, formas concretas de la regulación consciente de la producción y el consumo sociales, es necesario empezar por representar de este modo a la forma mercancía misma. Para lo cual es necesario hacer otro tanto con su determinación social específica, a saber, con que el trabajo abstracto socialmente necesario materializado en las mercancías se representa como la capacidad de éstas para relacionarse entre sí en el cambio, dándoles el carácter de fetiches. Es propio de la economía política mistificar la especificidad histórica de la forma de valor, o sea de mercancía, que toma la relación social en el capitalismo, reduciendo la forma del valor a su sustancia,³⁴ o la sustancia del valor a su forma.³⁵

34. No está demás recordar la observación de Marx:

«La economía política ha analizado, indudablemente, aunque de un modo imperfecto, el concepto del valor y su magnitud, descubriendo el contenido que se escondía bajo esa forma. Pero no se le ha ocurrido preguntarse siquiera por qué este contenido reviste aquella forma, es decir por qué el trabajo toma cuerpo *en el valor* y por qué la medida del trabajo según el tiempo de su duración se traduce en la *magnitud de valor* de los productos del trabajo» (Marx, *El capital*, vol. 1, págs. 44-45).

35. Ahora viene al caso la siguiente observación:

«La economía vulgar cree ser más simple, más natural, más útil a todo el mundo y más alejada de todo refinamiento teórico cuanto más se limita a traducir al

Es por lo tanto en base a estas mismas reducciones que va a proceder, no ya a representar al capitalismo como la forma natural y eterna de la organización social, sino a representarlo como históricamente superado cuando no lo está.

Pero esta especificidad de su objeto le va a dar una forma también específica. Como Marx ha mostrado a través de su obra la necesidad immanente al capitalismo de aniquilarse en el socialismo o comunismo, y la porción del capital social en cuestión aparece como esta necesidad realizada, se trata de efectuar las reducciones mencionadas en el nombre de Marx, presentándolas como si fueran el producto natural de los desarrollos de éste. La reproducción mediante el pensamiento del desarrollo de las determinaciones propias de la sociedad capitalista, originalmente desplegada por Marx, aparece entonces representada como su opuesto, como una representación de las formas reales. No se trata ya de reproducir críticamente el camino seguido por Marx, enfrentando por uno mismo las formas reales para reproducir el desarrollo de su necesidad mediante el pensamiento. Se trata de *interpretar* a Marx de un modo que resulte oportuno. El conocimiento de las formas sociales actuales que supera toda exterioridad, y por lo tanto toda apariencia, al reproducir con el pensamiento el desarrollo de la necesidad de esas formas, aparece así degradado a una concepción, a una interpretación del mundo, que se representa como *marxismo*. Los apologistas del resto del capital social, que no necesita ocultar su condición de tal bajo la apariencia de su superación realizada sino que se vanagloria abiertamente de su propia podredumbre como tal, no pueden pedir más. El *socialismo realizado* según sus propios voceros, presenta las mismas formas sanguinarias y repulsivas que el más crudo capitalismo; y hasta peores, como que se trata de una forma de éste potenciada por su centralización a escala nacional. De modo que los apologistas desembozados pueden darse el lujo de proclamar que, aun si el capitalismo no fuera eterno, merecería serlo. Y, con la certeza que les da el haberlo verificado ahora empíricamente, proclaman que el capitalismo no es una forma meramente histórica, sino la realización misma de la naturaleza humana, como lo prueba esta subsistencia de sus formas cuando ha sido reemplazado por una forma social cuyos partidarios enuncian como su superación. Marxismo y antimarxismo se encuentran amalgamados así como las dos caras de una misma moneda.

Si recapitulamos el curso seguido por nuestro análisis de las concepciones de Rubin, reconocemos ahora a este curso como el avance a lo largo de las formas concretas en que se va realizando la necesidad ideológica del capital que acabamos de ver, sólo que fluyendo en sentido inverso al desarrollo

lenguaje doctrinal las ideas más trilladas y corrientes. Por consiguiente, cuanto más se inclina a considerar los fenómenos de la producción capitalista bajo su forma transfigurada, cuanto más se asimila las concepciones vulgares, más se siente dentro de su ambiente natural» (Karl Marx. *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. Vol. 2. Buenos Aires: Ediciones Brumario, 1974, pág. 395).

de esa realización. Hemos partido así de su manifestación más exterior, las concepciones invertidas de Rubin acerca del modo de exposición. Y hemos llegado a su inversión del fetichismo de la mercancía, no como forma concreta necesaria de realizarse la forma de valor del producto del trabajo, sino como el presupuesto de esta forma. Según Rubin, no sólo es posible sino necesario, dar cuenta del fetichismo de la mercancía sin pasar nunca de la exterioridad misma del cambio de mercancías, de referencias abstractas a «la estructura interna de la economía mercantil»,³⁶ y del contraste no menos exterior de la regulación mercantil con las relaciones de producción en que se realiza la organización directa íntegra del proceso de metabolismo social. Ha rebajado así la cuestión del descubrimiento científico de la especificidad de una forma de organización social a la enunciación de tal especificidad en base a la apariencia de sus formas concretas. Y se ha ocupado de presentar a Marx como el autor de estas reducciones. Al producir esta doble inversión, Rubin da el primer paso en la legitimación ideológica de la representación del cambio de mercancías a través del cual se rige la asignación de la capacidad total de trabajo al interior de la porción del proceso de metabolismo social recortada como proceso nacional de acumulación del capital de propiedad íntegramente estatal, como la regulación consciente directa de esa asignación. La identificación de la especificidad histórica de esta forma de sociedad no aparece pasando ya por el descubrimiento de la forma específica más simple que tiene la relación social general en ella, para desarrollar luego sus formas concretas necesarias. Rubin no hace sino sentar las bases para lo siguiente: que parezca suficiente con declarar que la exterioridad del cambio no encierra ya la igualación de los productos de los trabajos privados y concretos en tanto materializaciones de trabajo social y abstracto, sino la mera distribución de los productos del trabajo entre sus productores directos en proporción al trabajo aportado por cada uno de ellos, tal como corresponde a «la estructura interna de la economía» socialista, y que la producción social se encuentra conscientemente regida en base a la apariencia de la concentración absoluta del capital, para declarar al fetichismo de la mercancía como históricamente superado en esta sociedad. Luego, si esta «propedéutica de la economía política» declara liquidado al fetichismo de la mercancía, qué más le queda a la economía política que declarar a la mercancía misma como liquidada y, por lo tanto, al capitalismo como liquidado y al socialismo como realizado.

Sin embargo, la tarea específica que le corresponde a la economía política respecto de esta sociedad no se reduce simplemente a negar abstractamente la presencia de la regulación capitalista en ella. Porque, como que se trata de una forma específica de la regulación capitalista, se van a manifestar aquí por todos lados las formas concretas propias de esta regulación. Y la economía política tiene su razón histórica de existir en la necesidad propia de la regulación capitalista de tomar forma concreta en la conciencia de los individuos

36. Rubin, «Ensayos sobre la teoría marxista del valor», pág. 108.

mediante la representación que recorta a esta misma regulación en tanto se presenta de manera directa como una relación entre los productos del trabajo social, como una relación social entre cosas. Sólo que, como ya dijimos, la economía política se va a encontrar determinada específicamente aquí por la necesidad de vaciar a las formas concretas de esta relación social cosificada de su verdadero contenido. Debe hacerlo para representarlas como las formas concretas necesarias de un contenido opuesto a él. Esto es, para representarlas como las formas concretas necesarias en que se realiza la regulación consciente del proceso de metabolismo social. Para ello necesita empezar por invertir la determinación real, representando a la forma del valor como la que pone a la sustancia del valor desde su propia exterioridad, representada a su vez ésta como las condiciones «socioeconómicas» dadas. No se trata sino de enunciar que la sustancia del valor, el trabajo abstracto socialmente necesario materializado en su producto, es de naturaleza tan histórica como lo son esas condiciones. La forma del valor aparece entonces flotando en el aire, abstraída de todo contenido. De modo que la subsistencia del cambio en la sociedad que nos ocupa queda reducida, ante todo, al «concepto» de naturaleza «ahistórica» de la igualación inmediata de los valores de uso producto de trabajos concretos distintos entre sí. La forma del valor se encuentra lista entonces para que se le adjudique un contenido histórico cualquiera, en particular, aquél del cual ella es la negación misma, a saber, el trabajo directamente social propio de la sociedad socialista.

Rubin se limita a dar el primer paso en esta inversión: el de presentar un fundamento aparente para declarar a la sustancia del valor como de naturaleza histórica. Corresponde recién a los autores del *Manual* el sumergirse con absoluta decisión en ella. Estos pueden partir ya de dar por sentado con la firmeza de un dogma, que el trabajo abstracto socialmente necesario es ajeno al proceso de acumulación de capital que van a presentar como el socialismo realizado. De ahí su desparpajo para exhibir la contradicción más grosera. Todo se les hace enunciar que las formas propias del valor de cambio, y por lo tanto de la enajenación de las potencias humanas como potencias de la relación social materializada que regula autónomamente al proceso de metabolismo social, tienen ahora una nueva *naturaleza*:

«Esta nueva naturaleza que el dinero tiene en el socialismo se expresa en el hecho de que, aunque conserve su vieja forma, cambian el contenido social y la significación de las funciones del dinero respecto a los que tiene y desempeña bajo el capitalismo».³⁷

Por supuesto, apenas esta «nueva naturaleza» del dinero comienza a ser desplegada por los autores del *Manual*, muestra de manera obvia que no es sino la «vieja naturaleza» puesta patas arriba como la apologética del plan

37. Academia de Ciencias de la URSS, *Manual de Economía Política*, pág. 513.

formulado por los agentes burocráticos del capital centralizado al interior de éste.

Si los desarrollos de Rubin forman parte de las condiciones necesarias para la producción de los desarrollos de los autores del *Manual*, el distinto alcance de unos y otros no es ajeno a la suerte corrida por sus autores a manos del capital que los tenía por voceros ideológicos. Para Rubin, la cárcel, la deportación y la muerte; para los autores del *Manual*, la miserable gloria del mundillo académico.

10.3 Los modernos herederos de Rubin; o la economía política crítica como negación de la especificidad histórica de las potencias revolucionarias de la clase obrera

El distinto destino seguido por Rubin y sus herederos desagradecidos no es ajeno a la reivindicación de Rubin, no menos académica, por otra vertiente de la economía política.³⁸

No se trata ya de la representación de las determinaciones propias del modo de producción capitalista como superadas, sino de la representación de la superación del modo de producción capitalista como determinada por las apariencias propias de la circulación. Se trata, por así decir, del paso de la economía política del socialismo realizado a la economía política crítica del capitalismo.³⁹

Para dar su primer paso, la economía política crítica enraizada en las concepciones de Rubin utiliza la apariencia de la mediación del dinero en la determinación de la proporción de cambio de las mercancías, para sustituir el *descubrimiento de la génesis real* del dinero por la *enunciación de una definición* del dinero basada en esa apariencia. Foley, por ejemplo, no tiene ningún problema en enunciarlo con todas las letras:

«En este artículo sugiero proceder de una manera distinta, viendo a la teoría del valor trabajo como la aseveración de que el valor en dinero de la masa total de la producción neta de mercancías expresa el gasto del trabajo social total en una economía productora de mercancías. [...] Una unidad de dinero, en este enfoque, puede ser pensada como un título sobre un cierto monto del trabajo abstracto social gastado en la economía. Este curso de desarrollo de la teoría del valor trabajo arranca del nivel global con el trabajo social abstracto total gastado en la producción de mercancías, su forma como el valor total de producto mercantil

38. Por ejemplo:

«Rubin aclara concepciones erróneas que han derivado, y aún derivan, de lecturas superficiales y tratamientos evasivos de la obra de Marx» (Fredy Perlman. «El fetichismo de la mercancía». En: *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. Ed. por Isaak Rubin. Buenos Aires: Cuadernos de Pasado y Presente 53, 1974, pág. 11).

39. Este cambio de frente no es ajeno a la decadencia y disolución de la URSS. Con ellas, la discusión entre los economistas acerca de los «mercados socialistas» ha dejado paso a la discusión acerca del «socialismo de mercado».

neto, y el dinero como la expresión social de este valor. Cualquier mercancía en particular puede ser vista como corporizando una cierta fracción del trabajo abstracto social gastado en producirla; también se cambia por una cierta suma de dinero (su precio), que representa una fracción posiblemente diferente del agregado de trabajo abstracto social gastado». ⁴⁰

En primer lugar, Foley pone al desnudo que el descubrimiento de la determinación real que torna a los productos del trabajo social realizado de manera privada e independiente en la relación social general entre sus productores cae más allá del alcance de la economía política, por muy crítica y radical que se declare. Y, desde su punto de vista, no se trata ya siquiera de interpretar la realidad. Se trata, lisa y llanamente, de interpretar una interpretación teórica, de lo que «puede ser pensado» en torno a un concepto, a una «teoría del valor trabajo». Foley hace también evidente que, al partir de la unidad total del trabajo social productor de mercancías, arranca dando por resuelta de manera inmediata la unidad del trabajo social en el modo de producción capitalista y, por lo tanto, la razón misma de la existencia de los valores de uso como valores, es decir, la especificidad de la producción de mercancías. ⁴¹

Así, el dinero aparece vaciado de su determinación como única forma concreta, necesariamente objetivada, en que el trabajo social realizado de manera privada e independiente se manifiesta como tal trabajo social por el movimiento del mundo de las mercancías. A su vez, las mercancías quedan representadas como el producto de una masa de trabajo inmediatamente social, ya que puede expresarse directamente como tal con antelación al proceso de cambio mismo. Sobre bases de este tipo, los modernos herederos de Rubin se representan a la mercancía como naciendo a la existencia en el cambio por dinero, de los que hasta allí no eran sino valores de uso. Más aún, se representan a la mercancía como no teniendo más existencia en tanto tal

40. Duncan Foley. "The value of money, the value of labor power and the Marxian transformation problem". En: *Review of Radical Political Economics*, vol. 14, n.º 2: (1982), pág. 37, traducción propia.

41. Foley logra representar al dinero con la misma vacuidad de determinación que Marx señalaba en Hume:

«¿Cómo se representa Hume entonces este intercambio entre la masa de mercancías y la masa de oro? Se conforma con la vaga e inaprehensible concepción según la cual cada mercancía se intercambia, como parte alícuota de la masa total de mercancías, por una parte alícuota correspondiente de la masa de oro. El movimiento incesante de las mercancías, que tiene su origen en la antinomia entre el valor de cambio y valor de uso, que aparece en la circulación monetaria y se cristaliza en las diferentes formas determinadas de ésta, queda borrado, pues, y es reemplazado por una puesta en ecuación mecánica imaginaria entre la masa de peso de los metales preciosos existente en un país y la masa de mercancías que al mismo tiempo se encuentra en él». (Karl Marx. *Contribución a la crítica de la economía política*. Ediciones Estudio: Buenos Aires, 1973, págs. 164-165)

que en el cambio. Al igual que para Rubin, no se trata de que, en tanto es socialmente necesario, el simple gasto de músculos y cerebro humanos materializado en la mercancía se representa como la capacidad de cambio de ésta en una magnitud determinada. Se trata de que el trabajo humano abstracto cobra existencia sólo porque unos valores de uso, a los que se les ha imputado de la nada la aptitud para ser cambiados, se cambian por un dinero cuya existencia ha brotado de una no menos fantástica nada. Por supuesto, como toda transustanciación milagrosa, ésta del acto de cambio en fuente de la materialidad del trabajo humano abstracto tiene un sólo secreto, a saber, que «en el principio era la Palabra». Por ejemplo, en el caso de Reuten, toda la fundamentación se reduce al generoso uso de la palabra «constituir»:

«La necesaria interacción de la relación de cambio y la forma-valor de la fuerza de trabajo y sus productos se constituye realmente en *el mercado*. En el mercado, la fuerza de trabajo y los objetos útiles particulares sólo son reconocidos bajo la dimensión de valor en términos de dinero. En el cambio en el mercado entidades heterogéneas son conmensuradas y transformadas como tales en dinero. Esta transformación es una *abstracción real* (una abstracción en la práctica). En primer lugar, mientras que las características útiles de la fuerza de trabajo y sus productos pueden ser valuados antes del cambio en el mercado, estas características son realmente abstraídas en la validación como dinero. En segundo lugar, en el cambio en el mercado, se hace abstracción tanto de la cualidad particular como de la cantidad (tiempo) del trabajo que ha producido al objeto útil. Este tiempo de trabajo particular es considerado sólo en términos de su habilidad para crear valor en la forma de dinero, y el dinero, al comprar este trabajo particular, lo mide realmente. En este sentido, el trabajo particular toma realmente la forma de trabajo abstracto: trabajo abstracto universal.

»Así, la interacción necesaria de la relación de cambio y la forma-valor en el mercado constituye realmente al objeto útil como una entidad de *doble* forma, esto es, *valor de uso y dinero*. Esta duplicación constituye al objeto útil como mercancía. Junto a ella, el trabajo es constituido como una entidad de doble forma, esto es, el trabajo como productor de valores de uso particulares, o *trabajo concreto particular*; y el trabajo como productor de valor, o *trabajo abstracto universal*».⁴²

Notemos cómo a Reuten no le alcanza siquiera con el gran milagro del «constituir» para lograr su inversión, y debe recurrir a un ya mucho más prosaico malabarismo de palabras. Así, para Reuten los valores de uso llegan al mercado siendo producto de la fuerza de trabajo, o sea, de la capacidad de trabajar, no del ejercicio de esa capacidad, o sea, del trabajo. Es como si dijéramos que la saciedad del hambre es producto de la capacidad de comer, no de la acción de comer. Recién una vez realizado el cambio por dinero, le resulta oportuno hacer aparecer al trabajo como el que produce los valores de uso. Pero resulta entonces que no son éstos sobre los que trata el cambio. Lo que se ha comprado, según Reuten, es el trabajo mismo. Las

42. Geert Reuten. «Value as Social Form». En: *Value, Social Form and the State*. Nueva York: St. Martin's Press, 1988, pág. 52, traducción propia.

transformaciones que se operan en el mercado de Reuten tienen, sin duda, mucho de abstracción, aunque muy poco de realidad. Pero la virtud que sí tienen esas transformaciones, es que ya se transparenta en ellas la necesidad real concreta que encierran las construcciones ideales de la economía política crítica.

Se trata, en primer lugar, de borrar la forma misma de la crítica de la economía política, presentándola como si tuviera la forma de su contrario, o sea, de una representación lógica. Para ello, la economía política crítica necesita arrancar presentando invertido el punto de partida mismo de la reproducción de lo concreto mediante el pensamiento. Sólo puede ver en el partir de enfrentarse al concreto específico más simple allí donde éste se manifiesta como tal para penetrar en él en búsqueda de la necesidad que lo determina y luego acompañar idealmente la realización de ésta, un foco de «ambigüedad». Porque, ¿dónde está el «concepto universal abstracto» del que debe partir toda representación lógica que se precie? ¿Cómo puede procederse así a «desdoblar el concepto» siguiendo una necesidad constructiva que lo «articule» con su «opuesto»? ¿No es acaso inconcebible que el pensamiento humano tenga otra forma de proceder? La economía política crítica sale entonces a salvar a Marx de sus «errores» en nombre del marxismo:

«La segunda ambigüedad [...] concierne a la forma en que Marx deriva los conceptos de valor de cambio y de trabajo abstracto del examen del cambio como tal.

»... El punto de partida de la exposición de la teoría (*Darstellung*) es una noción abstracta universal. [...] Esta noción abstracta es el punto de partida de la teorización explícita y de su exposición [...] El pensamiento no puede concebiblemente hacer nada con semejante noción universal abstracta, como no sea a través de pensar su abstracta negación y su abstracta particularización. En ambos casos (negación y particularización) se aplican conceptos opuestos a la *misma* cosa o noción, y en este sentido específico estos opuestos son contradicciones. También en este sentido, pensar estas cosas y nociones es articular su *desdoblamiento* (o sea, el universal se desdobra en el universal y un universal opuesto, o en universal y particular)». ⁴³

Cómo no volver a recordar la crítica de Marx a estas inversiones si el profesor Reuten pide a gritos que le sean dedicadas a él:

«Es una “tendencia natural” de un profesor alemán de economía derivar la categoría económica “valor” de un *concepto*, ...

»... Tenemos aquí la economía *conceptual*, cuya supuesta *elucidación* por el *vir obscurus* lleva al “enlazar” y en cierto modo al “desenlazar”.

»... Todo esto no son más que “charlatanerías”. *De prime abord*, yo no arranco de “conceptos”, y por lo tanto, tampoco del “concepto de valor”, razón por la cual no tengo por qué “dividir” en modo alguno este concepto. De donde arranco es de la

43. *Ibíd.*, pág. 42 y 45.

forma social más simple en que toma cuerpo el producto del trabajo en la sociedad actual, que es la “mercancía”.

»... Así se explica que nuestro *vir obscurus*, que ni siquiera se ha dado cuenta de que mi método *analítico*, que no arranca del hombre, sino de un período social económicamente dado, no guarda ni la más remota relación con ese método de entrelazamiento de conceptos que gustan emplear los profesores alemanes (“con palabras es fácil combatir, con palabras se puede construir un sistema”), ...

»... ¿Quién es el que establece aquí una contraposición lógica? El señor Rodbertus, para quien el “valor de uso” y el “valor de cambio” son, por naturaleza, meros “conceptos”. [...] [Al] que la usa, se le presenta cada clase concreta de mercancía en su forma natural específica, así como se le presenta en su *forma de valor* enteramente diferente, “común” a ella y a todas las demás mercancías, como *valor de cambio*. Aquí sólo existe una contraposición “lógica” para Rodbertus y los doctorales maestros de escuela alemanes afines a él, que arrancan del “concepto” de valor, y no de la “cosa social”, la “mercancía”, y luego el concepto se divide (desdobra) por sí mismo como si tuviese dos caras, para acabar discutiendo icuál de las dos quimeras es la que buscaban!».⁴⁴

Sigamos de todos modos con Reuten. Una vez ubicado en el mundo de las concepciones y las nociones, Reuten concibe a los objetos que entran en el cambio como no teniendo, hasta el momento mismo de hacer esa entrada, más atributo que el ser valores de uso. Es recién la realización del cambio la que introduce en ellos los atributos propios de las mercancías. Por lo tanto, para Reuten la relación de cambio es una abstracta relación inmediata, directa, entre las personas poseedoras privadas de dichos valores de uso, ya que no hay nada en éstos (ni mucho menos en un dinero puramente simbólico de la abstracta proporcionalidad establecida por el acto de cambio) que les permita mediar en esa relación. Sin embargo, en el mundo real, el producto social toma la forma de mercancía sólo porque los trabajos que lo producen se realizan de manera privada e independiente unos de otros. Cada productor de mercancías tiene el control pleno sobre su proceso de trabajo individual, pero que carece de todo control sobre el carácter social del mismo. Es un individuo libre, que no se encuentra sometido en la realización de su proceso de trabajo a ninguna relación de dependencia personal directa respecto de los demás. Por eso es que las potencias sociales de sus trabajos individuales se les presentan como atributo del producto material de estos trabajos, a cuyo servicio los productores privados e independientes deben someter su conciencia y voluntad de individuos libres. Los productores que realizan sus trabajos de manera privada e independiente unos de otros sólo pueden relacionarse entre sí de manera general como personificaciones –es decir, como conciencias y voluntades enajenadas– del valor –o sea, de su propio trabajo social representado como la cambiabilidad– de sus mercancías. Nunca pueden hacerlo directamente

44. Marx, «Notas marginales al “Tratado de economía política” de Adolph Wagner», págs. 35-37.

como personas. No es que los valores de uso sociales producidos de manera privada e independiente se «constituyen» en mercancías como consecuencia de la relación social directa establecida entre sus poseedores, sino que pueden relacionar socialmente entre sí a sus poseedores de manera indirecta porque nacen como valores, o sea, como objetos que poseen el atributo social de ser cambiables, en el momento en que se los produce. O, como lo sintetiza Marx:

«El individuo debe producir un producto universal: el *valor de cambio* [...] Su poder social, así como su nexa con la sociedad, lo lleva consigo en el bolsillo.

». . . Cada individuo posee el poder social bajo la forma de una cosa. Arránquese a la cosa este poder social y habrá que dárselo a las personas sobre las personas».⁴⁵

Reuten contrapone a este descubrimiento la representación de la producción de valores de uso regida por la condición de valores de éstos como una producción de valores de uso regida por la relación directa entre los productores, a resultado de la cual esos valores de uso toman la forma de valores. ¿Pero qué papel habría de jugar el valor en una relación social ya establecida de manera directa entre las personas? El secreto de esta inversión reside en que Reuten busca concebir a la relación capitalista de cambio como una relación directa entre las personas donde unas ejercen su poder personal sobre otras en torno a la apropiación del producto social. Necesita entonces borrar la especificidad del modo de producción capitalista como forma concreta históricamente necesaria del desarrollo de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo del obrero colectivo que rige conscientemente su propio proceso de trabajo o, lo que es lo mismo, del desarrollo de las potencias productivas del trabajo social realizado bajo la forma concreta de trabajo privado.

Reuten ha dado el primer paso en este borrado negando al valor como el modo en que se representan socialmente, en tanto atributo de las mercancías, las potencias del trabajo social realizado de manera privada e independiente. Del valor no ha quedado así más que la apariencia invertida de surgir por el hecho de que la producción se destina al cambio, en el cual entran simples valores de uso que salen convertidos en valores por el hecho de ser cambiados. El verdadero contenido del cambio – a saber, que las mercancías entran en él porque han sido producidas como valores, esto es, como materialización del gasto material de fuerza humana de trabajo realizado de manera privada e independiente bajo una forma concreta socialmente útil – ha quedado reducido a la apariencia inmediata que presenta el cambio mismo: que las mercancías salen de él con un atributo cuantitativo realizado. La conciencia enajenada del productor de mercancías – que como individuo libre debe poner su conciencia y voluntad al servicio de las potencias sociales del producto material de su trabajo, esto es, debe aplicar sus cinco sentidos de individuo libre a

45. Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (borrador) 1857-1858, vol. 1, págs. 83-85.

producir su relación social general como un atributo de las cosas, su valor – queda invertida de manera correspondiente. Aparece como una conciencia abstractamente libre que, por naturaleza, persigue la multiplicación de dicho atributo cuantitativo. Luego, la organización de la producción social misma aparece invertida, concibiéndosela como regida por el ejercicio de esta abstracta conciencia libre. La valorización del capital – o sea, la determinación de la relación social general materializada como el sujeto concreto de la producción social, donde sólo se producen valores de uso, y por lo tanto seres humanos, a condición no sólo de que se produzca valor, sino plusvalía – aparece así no teniendo más contenido específico que el tratarse de un proceso de producción social que se encuentra «idealmente dominado» por la cuantificación ideal del producto en base a una unidad dineraria:

«La producción es producción para el cambio y los objetos útiles son producidos como *mercancías*: esto es, con vistas a ser vendidas por dinero. De modo que la producción se considera como una expansión monetaria potencial, como *valorización* (dinero → producción → más dinero). Antes del cambio real ésta es una anticipación. Sin embargo, las mercancías producidas por cierto representan idealmente una suma de valor, *dinero ideal*. En este sentido, la abstracción real en el mercado se encuentra anticipada por una *abstracción ideal* y la conmensura real en el mercado se encuentra anticipada por una *preconmensura ideal*.

»Esta anticipación subsecuentemente determina de manera crucial el proceso de producción burgués en lo que éste mismo deviene determinado por la forma (*form-determined*). La preconmensura ideal de la mercancía da lugar a una subsecuente abstracción concerniente al proceso de trabajo: el proceso de trabajo es idealmente preconmensurado en términos de trabajo abstracto ideal o valor ideal. El proceso de trabajo se encuentra entonces idealmente dominado en términos de valor ideal y la actividad concreta del trabajo toma la forma ideal de valor; el trabajo ciertamente de manera ideal toma la forma de trabajo abstracto. El proceso de trabajo puede entonces calcularse en términos de dinero ideal. Con lo cual el proceso de trabajo toma idealmente una forma *doble* contradictoria, la de *proceso de trabajo técnico* (producción de valor de uso), y la de *proceso de trabajo abstracto o proceso de valorización*. La fuerza conductora externa de la producción. . . ».⁴⁶

Reuten ha completado así la inversión de la determinación de la conciencia en el modo de producción capitalista. No se trata de que, como organización de la producción social que se rige automáticamente por la producción multiplicada del vínculo social materializado, el modo de producción capitalista revoluciona constantemente las condiciones materiales de producción, revolucionando constantemente con ello la conciencia de los sujetos del proceso de trabajo. Ni, menos aún, se trata de que esta revolución constante de las condiciones materiales de producción tiene por forma concreta general el desarrollo de los atributos productivos del trabajo libre individual aislado en atributos productivos del trabajo inmediatamente social conscientemente organizado

46. Reuten, «Value as Social Form», pág. 54.

por el propio obrero colectivo que lo realiza, de modo que la misma lleva en sí la necesidad de trascender el carácter de privado con que se organiza el trabajo social en el modo de producción capitalista aniquilando a éste en la organización consciente general del trabajo social. Ni se trata, por lo tanto, de que es esta forma concreta general que toma dicha revolución constante en las condiciones materiales de producción la que da a la clase obrera su potencia históricamente específica como el sujeto revolucionario productor de la sociedad de los individuos conscientemente asociados. Por el contrario, para Reuten, el modo de producción capitalista no encierra más especificidad histórica que la que brota de la realización de un proceso de medición ideal, o sea, de un abstracto movimiento de la conciencia.

Tan pronto como la determinación del modo de producción capitalista como forma histórica específica del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad ha sido borrado mediante esta inversión idealista, las potencias históricas específicas de la clase obrera como sujeto revolucionario corren la misma suerte. La clase obrera obtiene estas potencias en su determinación como atributo del capital, es decir, como personificación de las potencias de su propio trabajo social enajenadas como potencias sociales del producto de su trabajo que ha devenido el sujeto concreto de la producción y el consumo sociales al ser producido de manera privada. La conciencia revolucionaria de la clase obrera es una conciencia enajenada que descubre su propia enajenación y las potencias históricas específicas que resultan de ella. Pero en la inversión idealista de Reuten las relaciones sociales de clase han quedado vaciadas de especificidad como relaciones directas entre personificaciones antagónicas de capital y, por lo tanto, como relaciones directas regidas por la conciencia enajenada. Han quedado invertidas como relaciones directas antagónicas entre personas, regidas por la contraposición entre dos abstractas conciencias. Por una parte, la ya vista conciencia que persigue la realización de una diferencia cuantitativa dineraria, la conciencia burguesa. Por la otra, una conciencia que es presentada como teniendo la base de su producción fuera del modo de producción capitalista mismo, la conciencia proletaria:

«La peculiaridad de la fuerza de trabajo como un insumo que toma la forma de valor reside en que, mientras que no está producida dentro del modo de producción burgués (es más bien un insumo de fuera de él, de la esfera del hogar), de donde su producción no está socialmente integrada dentro del modo de producción, toma sin embargo la forma de los productos de ese modo. [...] La fuerza de trabajo se crea en la esfera privada del hogar y no se la produce con vistas a ser vendida.

»Pese a que la fuerza de trabajo no es producida por el modo burgués de producción, en la esfera económica, la esfera privada del hogar en la cual se la produce es sin embargo un elemento de la totalidad de la sociedad burguesa».⁴⁷

La incoherencia necesaria para sostener la exterioridad de la determinación de la conciencia de la clase obrera respecto del modo de producción capitalista

47. *Ibíd.*, pág. 51 y 60.

se hace evidente en los balbuceos de Reuten. Según él, resulta que el modo de producción capitalista, o sea, el modo capitalista de organizarse el proceso humano de metabolismo social, no es lo mismo que la sociedad capitalista, o sea, que la organización capitalista del proceso humano de metabolismo social. Al mismo tiempo, Reuten se aferra a la apariencia que presenta la compraventa de la fuerza de trabajo en la circulación, a saber, que la verdadera determinación del obrero como un trabajador forzado para el capital social se realiza bajo la apariencia invertida de ser un individuo libre que persigue su interés personal. Lo hace para presentar el consumo individual del obrero como si no estuviera específicamente determinado por la necesidad de reproducir su fuerza de trabajo con los atributos con que la demanda el capital y, por lo tanto, con vistas directas a ser vendida.⁴⁸

48. No está demás contrastar aquí el resultado al que llega Reuten gracias a su método de «derivación de conceptos» con el modo en que Marx va sintetizando el descubrimiento de la clase obrera como atributo del capital hasta en su proceso de consumo individual a medida que avanza reproduciendo en el pensamiento la necesidad históricamente específica del modo de producción capitalista:

«La producción de plusvalía relativa supone, pues, un régimen de producción específicamente capitalista, que sólo puede nacer y desarrollarse con sus métodos, sus medios y sus condiciones, por un proceso natural y espontáneo, a base de la supeditación formal del trabajo al capital. Esta supeditación formal es sustituida por la supeditación real del obrero al capital. [...] dentro de los límites de lo absolutamente necesario, el consumo individual de la clase obrera vuelve a convertir el capital abonado a cambio de la fuerza de trabajo en nueva fuerza de trabajo explotable por el capital. [...] *El consumo individual del obrero es, pues, un factor de la producción y reproducción del capital. [...] En efecto, el consumo individual del obrero es improductivo para él mismo, pues no hace más que reproducir el individuo necesario; sólo es productivo para el capitalista y para el estado, puesto que produce la fuerza productora de la riqueza para otros. [...]* Por lo tanto, desde el punto de vista social, la clase obrera, aun fuera del proceso directo de trabajo, *es atributo del capital, ni más ni menos que los instrumentos inanimados. Hasta su consumo individual es, dentro de ciertos límites, un mero factor en el proceso de reproducción del capital. Pero el propio proceso se cuida de evitar que estos instrumentos conscientes de producción se rebelen, desplazando constantemente lo que producen desde un polo al polo contrario del capital. El consumo individual vela, de una parte, por su propia conservación y reproducción y, de otra parte, por la destrucción de los medios de vida, para obligarlos a que comparezcan nuevamente y de una manera constante en el mercado de trabajo. [...]* el obrero asalariado se halla sometido a la férula de su propietario por medio de hilos invisibles. El cambio constante de patrón y la *factio juris* del contrato de trabajo mantienen en pie la apariencia de su libre personalidad. [...] Por tanto, el proceso capitalista de producción, enfocado en su conjunto o como proceso de reproducción, no produce solamente mercancías, no produce solamente plusvalía, sino que produce y reproduce el mismo *régimen del capital*: de una parte *al*

Ocurre que Reuten necesita hacer que la sociedad capitalista parezca dejar un resquicio más allá del modo de producción capitalista para poder colar por allí a la conciencia obrera abstractamente determinada como un «elemento» más.

Abierta la brecha por medio de la teoría económica que deriva un concepto de otro, Reuten le cede la palabra a la teoría política de Williams. Rubin necesitaba anteponer el fetichismo de la mercancía – o sea, la conciencia enajenada en que toma forma concreta la organización general del proceso de metabolismo social mediante la producción de mercancías – como determinante de la existencia de la forma mercancía. Sólo mediante esta inversión idealista – que presenta a la forma concreta como «condición de existencia» de su propia determinación – podía invertir al cambio de las mercancías por el dinero, de forma concreta de realizarse el valor de las mercancías, en el determinante de las mercancías como valores. En base al método de derivar conceptos, Williams extiende este tipo de inversión por todos lados:

«Ha de proveerse un desarrollo conceptual de “la sociedad” entre la explicación de la economía y la de la política.

»En nuestra derivación del estado primero desarrollamos esta “sociedad competitiva” de los sujetos de las fuentes de rentas con (propios) intereses concomitantes a partir de la pura economía capitalista mediante la introducción de la subjetividad. [...] la sociedad competitiva se presenta como una condición de existencia de la economía burguesa, y de su desdoblamiento en sociedad civil y estado como condición para su propia existencia.

»... Por lo tanto, el derecho burgués de propiedad es una condición concreta de existencia de la forma de valor».⁴⁹

En el mundo fantástico del encadenamiento de conceptos, la competencia se ha convertido en la abstracción «sociedad competitiva», condición para la existencia del modo de producción capitalista. La forma concreta en que se realiza la organización autónoma del proceso de metabolismo social mediante la valorización del valor se ha convertido en una existencia abstracta cuya presencia precede externamente a la existencia de la valorización del valor.

Williams representa así a las formas concretas en que se realiza la relación social general del modo de producción capitalista, la valorización del valor, como existencias abstractamente antepuestas a su propia determinación. Toda necesidad a realizar inherente al modo de producción capitalista parece estar ya desplegada como condición para la existencia de su propio contenido. Con lo cual, al estar sus formas concretas ya dadas, el contenido parece impotente

*capitalista y de la otra al obrero asalariado» (Marx, *El capital*, vol. 1, pág. 427 y 482-487).*

49. Michael Williams. “Competition Subjects, State and Civil Society”. En: *Value, Social Form and the State*. Nueva York: St. Martin’s Press, 1988, págs. 96-97 y 100, traducción propia.

para trascender de sí mismo mediante el desarrollo de las mismas. De esta manera, Williams se ha asegurado de borrar toda manifestación de la necesidad específica del modo de producción capitalista de superarse a sí mismo mediante su propio movimiento como proceso de valorización del valor. Esto es, se ha asegurado de borrar la necesidad inmanente al modo de producción capitalista de desarrollar la socialización directa del trabajo libre, impuesta como forma concreta de valorizarse el capital mediante la producción de plusvalía relativa, hasta el punto en que esta socialización ya no tiene cabida bajo la forma de privado con que se realiza el trabajo social. Se ha asegurado de borrar, pues, la necesidad inmanente al capital –la relación social materializada que organiza la asignación general de la materialidad del trabajo social bajo sus formas concretas útiles mediante la realización privada e independiente del mismo– de superarse a sí mismo en la organización consciente general del trabajo social. Y, de ahí, se ha asegurado de borrar la determinación de las potencias revolucionarias específicamente propias de la clase obrera.

Es entonces que Williams se encuentra en condiciones de incorporar desde fuera una necesidad para la acción capaz de trascendencia dentro de su representación congelada del modo de producción capitalista. Dispone para hacerlo de la brecha abierta en el mundo de los conceptos por la economía política de Reuten: la esfera del consumo individual concebida como ajena al modo de producción capitalista en sí en base a las apariencias de la circulación:

«El sujeto privado toma parte en la búsqueda de relaciones personales, interactivas, cooperativas, altruistas y multidimensionales en la esfera privada. Lo guía el intento de reproducirse materialmente como una persona unitaria; para superar la antinomia vivida entre la comunalidad en la forma enajenada de la política y la asociación de la sociedad civil determinada por la forma de valor».⁵⁰

¿Qué pone Williams en el lugar de las potencias revolucionarias que nacen de la transformación material del proceso de valorización del capital capaz de engendrar necesidades universales, capacidades universales, relaciones universales? Pues el mezquino alcance de las relaciones de dependencia personal establecidas en el proceso de consumo individual donde el obrero se reproduce como atributo del capital, previa abstracción romántica de su determinación como tales. La determinación específica de la clase obrera como sujeto necesariamente revolucionario por el desarrollo de la materialidad del proceso de valorización del capital, y por lo tanto de su condición de personificación como atributo del capital, aparece invertida bajo la forma de la posibilidad abstracta del «intento de reproducirse materialmente como una persona unitaria». A Williams sólo le resta un último paso:

«Los derechos de propiedad y a la existencia no pueden subsistir dentro de una sociedad competitiva fundada sobre la competencia de cada uno contra todos, y los principios universales de la valorización y la voluntad libre abstracta.

50. Williams, «Competition Subjects, State and Civil Society», pág. 100.

»... El estado es la expresión determinada por la forma (*form-determined*) de la voluntad popular, reproduciendo la totalidad encauzada por los procesos de valorización y dejando un lugar en el que pueden desarrollarse formas críticas de conciencia, en tanto los individuos y los grupos buscan rectificar las peores antinomias de sus vidas en la sociedad civil mediante la actividad política en y en torno del estado». ⁵¹

La necesidad histórica inherente al modo de producción capitalista de transformar la materialidad del proceso de producción hasta hacerse saltar a sí mismo por el aire al imponer la organización consciente general de dicho proceso, queda rebajada al «dejar un lugar en el que pueden desarrollarse formas críticas de conciencia». A su vez, estas formas críticas no expresan el desarrollo de la conciencia como relación social general impuesta por la transformación en la materialidad del proceso de producción social, sino que brotan del choque entre «derechos» y «principios». La determinación del estado como representante político del capital social en el proceso de asignación privada de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo la forma directa de la lucha de clases, se ha invertido en su propia apariencia de «expresión de la voluntad popular». La determinación de la acción política de la clase obrera como forma concreta necesaria en que se desarrollan las fuerzas productivas materiales de la sociedad mediante la imposición de la organización consciente general del trabajo social como una potencia enajenada en el capital social que acaba por trascenderlo, queda vaciada de otro contenido que «los individuos y grupos buscan rectificar las peores antinomias de sus vidas en la sociedad civil». En pocas palabras, se pretende hacer pasar al más crudo reformismo burgués o, en el mejor de los casos, al socialismo utópico, por la expresión del socialismo científico corregida de «errores» y «ambigüedades».

Rubin necesitaba sacar de la vista que lo históricamente específico del modo de producción capitalista es la forma en que se representa socialmente la materialidad del trabajo abstracto objetivado en su producto por haberse realizado de manera privada e independiente, poniendo en su lugar al trabajo abstracto mismo, para poder presentar al modo de producción capitalista como superado cuando no lo estaba. Por lo tanto, necesitaba arrancar concibiendo al valor como no teniendo más sustancia que su forma. Reuten y Williams arrancan por el mismo camino para presentar al modo de producción capitalista vacío de su potencialidad específica para revolucionar la materialidad del proceso de trabajo, inherente a la realización privada del trabajo social, hasta el punto de imponer como condición material para la realización de dicho proceso su organización consciente general como una potencia directamente social. Con este vaciamiento, vacían a la clase obrera de sus potencias revolucionarias específicas.

Pero Reuten y Williams no son los únicos herederos de Rubin. Por el contrario, una vertiente dominante de la moderna economía política crítica la

51. *Ibíd.*, pág. 102 y 110.

constituyen los sucesores de Rubin que se distinguen por torturar al concepto de trabajo abstracto hasta hacerle confesar de todos los modos posibles que es el rasgo históricamente específico de la mercancía. Por su parte, la segunda gran vertiente de la moderna economía política crítica parte de la reducción inversa: concibe al valor como no teniendo más forma que su sustancia, o sea, expresándose en tiempos de trabajo y no como valor de cambio en cantidades del cuerpo de otra mercancía. Con lo cual, queda borrada la forma de privado con que se realiza el trabajo social en el modo de producción capitalista.⁵²

Otra vez, al borrarse esta especificidad, se borra la especificidad del papel histórico del modo de producción capitalista como forma concreta necesaria de desarrollarse la materialidad del proceso de trabajo hasta imponer la organización consciente general del mismo. Y, con ella, se borran las potencias revolucionarias históricamente específicas de la clase obrera.⁵³ De modo que, sea que reduzca el contenido del valor a su forma o que reduzca la forma del valor a su contenido, la moderna economía política crítica confirma que se encuentra prisionera del límite inherente a la economía política como tal, a saber, de la imposibilidad de descubrir la necesidad histórica de que la materialidad del trabajo abstracto socialmente necesario se represente como el valor, como el atributo de cambiabilidad, de su producto al ser realizado de manera privada e independiente y el por qué este valor toma necesariamente la forma de valor de cambio.⁵⁴

52. Como lo sintetiza Marx:

«¿Por qué el dinero no representa directamente el tiempo de trabajo; por qué, por ejemplo, un billete de banco no representa [...] x horas de trabajo? Esta pregunta se reduce, simplemente, al problema de por qué en el régimen de producción de mercancías, los productos del trabajo se traducen necesariamente en mercancías [...] Equivale a preguntar por qué el trabajo privado no puede considerarse como trabajo directamente social, es decir, como lo contrario de lo que es» (Marx, *El capital*, vol. 1, pág. 56).

53. Ya tendremos oportunidad de desplegar las formas concretas que presentan las vertientes de la economía política crítica sobre las que no nos ha cabido detenernos aquí.

54. He retomado detenidamente esta cuestión en Juan Iñigo Carrera. *Conocer el capital hoy. Usar críticamente El Capital. La mercancía, o la conciencia libre como forma de la conciencia enajenada*. Vol. 1. Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, 2007.